EL PIRATA NEGRO

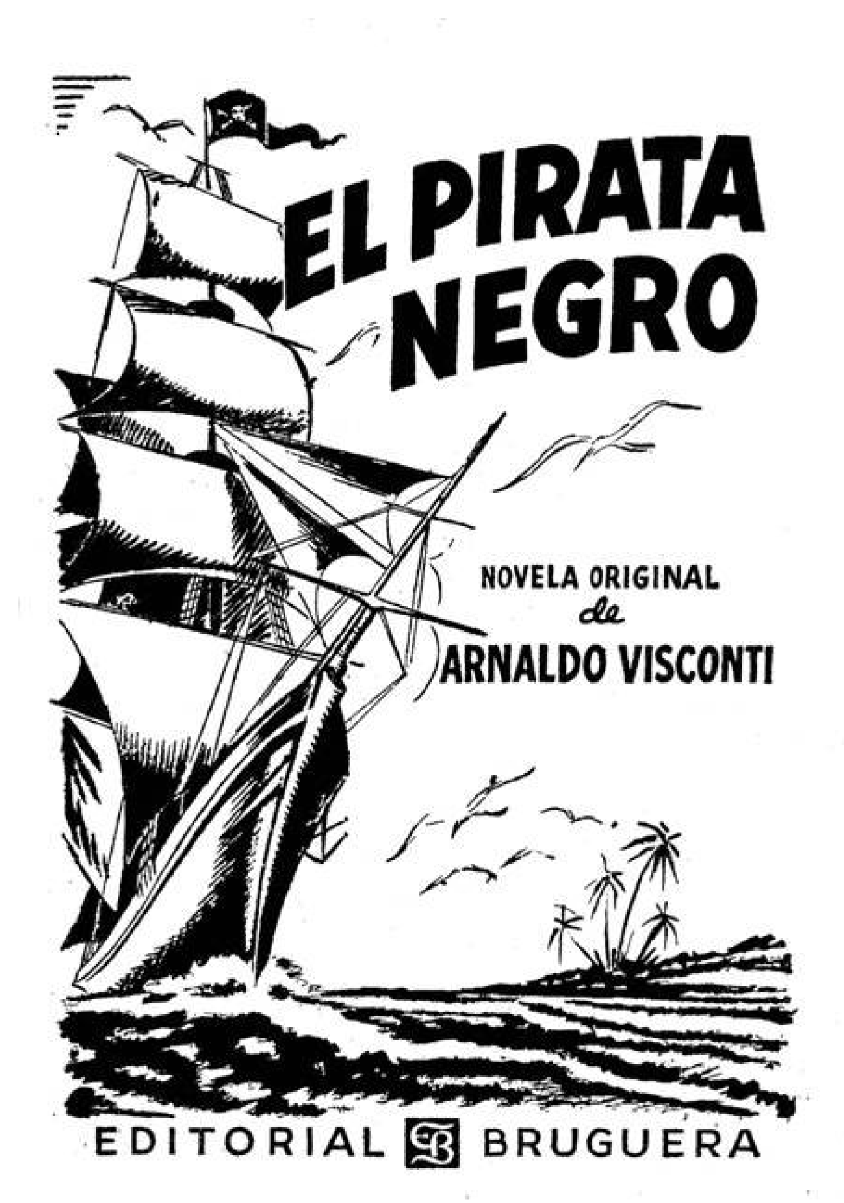
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

PROVENSAL

por ARNALDO VISCONTI

3 PTAS

LA PRINCESA AZUL


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La Princesa Azul

Colección El Pirata Negro n.° 44

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


la PRINCESA
AZUL

CAPÍTULO PRIMERO

En una playa adriática

Al extremo meridional de la península italiana, allá donde su especial configuración finge tacón de bota, el canal de Otranto daba salida a las límpidas aguas del Adriático que después da bañar el.litoral de la isla de Corfú, acariciaban la pléyade de islitas que en mi-riada emergían moteando las verdosas aguas del mar Jónico.

A menos de un centenar de millas y hacia el Norte del canal, seis naves artilladas abundantemente, manteníanse ancladas, separadas entre sí por trechos de media milla.

Distaban escasamente otra media milla de la franja arenosa de aquella playa adriática e italiana y ni el desierto horizonte ni la mar sin velas hacían presagiar peligro alguno.

Sin embargo, en cada una de las naves, los artilleros estaban en sus puestos y los maceros, cubiertos con sus dalmáticas, erguíanse vigilantes de babor a estribor y de proa a popa. En las torretas de las cofas, los vigías oteaban constantemente el mar, y en las escalas de cuerda, suspendíanse otros centinelas, también atentos a enfocar las aguas meridionales en que se estrechaba el horizonte señalando a lo lejos el canal de Otranto.

Era la escuadra almirante veneciana, bajo el mando de Zergo Zanni; las seis naves mayores y de refuerzo, que solo entrarían en liza en caso de una infiltración otomana, que con su presencia señalaría un día infausto para las armas venecianas. Un día infausto, porque si los navíos otomanos lograban penetrar por el canal de Otranto, significaría que habían derrotado la avanzadilla de naves al mando del capitán Ludovico Luchessi, yerno de. Zergo Zanni.

La segunda escuadra de Ludovico Luchessi, amparábase en el

golfo de Tarento, vigilando constantemente al acceso al canal y tanto una como otra escuadra, eran las fuerzas que componían la retaguardia de las naves venecianas que desde otros puntos más avanzados hostigaban cuando podían a los otomanos, y se defendían las más de las veces contra las continuas asechanzas de los mortales enemigos que enarbolaban el pabellón dé la media luna.

Alguno que otro tripulante de la escuadra de Zergo Zanni había comentado con cierta extrañeza la particularidad de que Vittoria Zanni, la hija del almirante, en vez de permanecer en las cercanías del paraje donde anclaban las naves de su marido Ludovico, estuviera instalada en la suntuosa tienda alzada en la playa adriática, que servía a la vea de cuartel general para Zergo Zanni.

Unos decían que entre dos amores, la hija se debía al padre antes que al marido; otros, argumentaban que la posición del capitán Luchessi por ser más avanzada era por tanto más peligrosa y era natural que Vittoria Zanni hubiese rotado la cariñosa orden de su marido y per eso viviera bajo la tienda de Zergo Zanni.

Pero la verdad sólo la sabían Ludovico y Vittoria. Una verdad que no podían saber los hombres que militaban bajo el mando del almirante.

La verdad era que Zergo Zanni estaba descorazonado. Había perdido la confianza en sí mismo. Era el sucesor de Jerónimo Morosini, muerto en combate y la sombra del gran almirante y experto conductor de hombres, se cernía como vivo reproche en la subconsciencia del incapaz Zergo Zanni.

La gloria del extinto almirante, que por espacio de veinte años había resistido un asedio pertinaz de las fuerzas turcas, manteniéndolas en jaque y logrando que la capitulación honrosa fuera precedida tan sólo por treinta mil bajas, contra, ciento veinte mil de los otomanos, era un lastre que empequeñecía al actual almirante.

Zergo Zanni, adiposo, cejijunto y aplastado por el peso de un complejo de vanidad ofendida, creía siempre que cuantos le miraban hacían mentalmente ofensivas comparaciones con el que le antecedió en el mando de la escuadra veneciana.

Por eso, Vittoria Zanni, obediente a las instrucciones de su esposo, había decidido permanecer junto a su padre, cuya moral no

hubiese admitido de nadie un animoso consejo y en cambio no percibía ni podía ofenderle la constante vigorización que suponía para él, la conversación de su hija, que poseía entereza de carácter y una decisión casi varonil.

Vittoria Zanni, no era bella. Su figura tenía más bien cierta apariencia hombruna, a causa de sus cuadradas espaldas y la corpulencia de sus miembros. Pero la dulzura de su voz y la inteligencia de sus ojos que no era desmentida por sus acciones, la hacían irradiar una belleza espiritual que mitigaba su poco agradado aspecto, agravado por los lacios y descoloridos cabellos rubios que enmarcaban un rostro vulgar de recias mandíbulas.

Era aquel un día benigno del mes de diciembre, y el sol adriático entibiaba la atmósfera a media mañana, cuando Zergo Zanni instalóse en el primer recuadro de la enorme tienda empavesada con el escudo veneciano.

Sentóse tras la mesa y enfrascóse en el estudio del mapa que se sabía de memoria. El mapa trazado toscamente a la usanza de los cartógrafos de entonces y que indicaba las posiciones de las respectivas escuadras en pugna.

Vagaba su mirada por el complicado dédalo que representaba el archipiélago jónico, cuando alzó la vista, para recibir en silencio el beso que Vittoria depositó en su frente.

—Buenos días, padre. Como veis, vuestros recelos de anoche eran infundados.

—La niebla favorece los ataques, Vittoria-rezongó el almirante —. Hace mucho tiempo que los otomanos no han dado un golpe de mano. Y lo necesitaban para mantener su prestigio. Al igual que yo necesitaría también planear una operación para elevar el espíritu de mis fuerzas y poner mordaza a los que desde Venecia citan constantemente a Morosini, lamentando su muerte. Tú me comprendes, hija. Yo no soy Morosini. Hombres así, nacen de siglo en siglo. Yo no quiero ni puedo exponer la vida de mis hombres en riesgos inútiles. Tan inútiles como esta guerra de años y años que mantienen las naves venecianas en mares hostiles, contra enemigos fanáticos y superiores en número y fuerzas.

—Cumplís excelentemente vuestra misión, padre. Se os encomendó impedir que la escuadra otomana pudiera entrar en el Adriático y lo habéis logrado.

—Pero comprende, hija, que los otomanos, al no sentirse amenazados, irán acumulando, refuerzos y tarde o temprano, atacarán... Tanto Ludovico como yo pereceremos arrasados con todas nuestras huestes, el día en que los otomanos desencadenen el ataque final, que están preparando.

—¿Tenéis informes de ello?

—No. Pero lo presiento. ¿No está Orjan-Eddin en Akypa? ¿No está el chacal de Deli Hussein en Knossos? Y el “padichá” Eskender-Bey va agrupando, desde la boca de los Dardanelos hasta Smyrna, una poderosa escuadra de la que son meras avanzadillas las naves de Orjan-Eddin y Deli Hussein, que Dios confunda.

—Vos mismo me instruisteis, padre y, por tanto, lo que ahora expreso, no es más que repetición de vuestras palabras. A1 igual que vos estáis anclado en esta playa adriática, para impedir el acceso a las fuerzas otomanas, Eskender-Bey lo está en los Dardanelos, para impedir que los venecianos entren en el Bósforo...

Rió amargamente el almirante.

—¿Nosotros entrar en el Bósforo, Vittoria? ¿Y Orjan-Eddin, que nos acecha desde Arkypa, en la cercana Morea?

—Está igualado por Ludovico, acechando desde el golfo de Tarento.

—¿Y Deli Hussein en la isla de Candía?

—Vuestros barcos, navegando por entre las islas, obligan a estar vigilante.

—No nos engañemos, Vittoria. Si Venecia no manda refuerzos, yo no podré atacar. Y al no poder hacerlo los Otomanos, envalentonados, lograrán, de un día a otro entrar en el Adriático. Es una situación desesperada. Muchas veces he querido que regreses a la capital, Vittoria. Cuando los turcos ataquen...

—Ya os dije, padre, que soy vuestra hija y donde estéis, he de estar yo; es obligación impuesta por mi corazón. Tengamos fe en que el Consejo de los Diez convencerá al Dux de que precisamos refuerzos.

—No pueden. Las arcas venecianas están exhaustas. No podemos contar con ninguna ayuda.

Se detuvo Zergo Zanni, al oír un rítmico y acompasado repicar que, procedente de tierra, iba acercándose. Desde el recuadro de entrada, la tela alzada, sostenida en sus extremos por piquetas

elevadas, formaba un dosel pasadizo, que permitía ver el horizonte marítimo, pero no la parte del litoral que se extendía a espaldas de la gran tienda almirante.

Levantóse Vittoria y salió al exterior, regresando poco después, para sentarse de nuevo cerca del sillón ocupado por su padre.

—Cuatro jinetes, padre.

—Correos venecianos, sin duda —comentó Zergo Zanni—. Ya estoy harto de ellos. Todo son reproches: "Y bien, Zergo Zanni, ¿no te acuerdas ya de Jerónimo Morosini?" "Veamos, Zergo Zanni, ¿durante cuánto tiempo piensas derrochar inútilmente el oro de nuestras arcas, sosteniendo fuerzas inmóviles?" Todo eso es lo que veladamente me dicen en sus correos... Bien, les quisiera a ellos en mi lugar...

Cesaron de oírse los cascos de los caballos cuando llegaron a la explanada, porque la arena amortiguó las pisadas. Poco después, ante la tienda, varios menescales de guardia, cruzadas ante el pecho las alabardas, interponíanse en el camino de los cuatro jinetes.

El que iba al frente de ellos descabalgó y atendiendo su indicación, le imitaron los otros tres. Dos de ellos, quedáronse sosteniendo por las bridas a los cuatro caballos.

Los que tras hablar con uno de los senescales siguieron andando a pie, eran netamente distintos. Uno, vestía ropa negra, con coleto de encajes, y desentonaba de su atuendo sobrio, el rojo pañuelo que anudado a la nuca, cubría a medias sus negros cabellos.

Le imitó en el hecho de desarmarse voluntariamente el otro. Un atildado sujeto de rojos cabellos, tricornio azul y manoplas del mismo color.

Algunos conspiradores habían atentado en diversas ocasiones, contra la vida, del almirante Zergo Zanni y quien manifestaba deseos de visitarle, debía previamente demostrar que sus intenciones no eran agresivas.

Carlos Lezama, al acercarse a la lona tendida que oficiaba de puerta y pasadizo, señaló a Diego Lucientes una de las piquetas.

—Aguarda aquí, estudiante. Si no quieren armas, estarán más tranquilos si sitio entra uno.

El senescal frunció el ceño, al oír hablar en español al mismo que instantes antes le había interpelado en excelente italiano. Desde la famosa "conjuración española" en Venecia, existía un natural

recelo contra lo español, si bien alentaba aún el agradecimiento por la gesta de Lepanto.

—Correo de Venecia, mi señor.

Al ademán del almirante retiróse el senescal y avanzó Lezama, que, dedicando una reverencia a Vittoria Zanni, tendió a Zergo Zanni un pergamino doblado en cuadro y sellado.

—Ves habéis venido por vez primera. No os conozco-dijo el almirante, mirando con fijeza al que permanecía en pie ante él, al otro lado de la ancha mesa —. Os oí hablar en español con vuestro acompañante.

—Empleo mi lengua nativa con mis compatriotas, señor almirante.

—¿Español? —inquirió Zergo Zanni, arqueando una ceja y avanzando el labio inferior.

—Mestizo panameño, nacido de madre sevillana y padre francés. Soltero. Buen estado de salud. ¿Algo más, señor almirante?

Zergo Zanni contempló el atezado semblante del que, sin sonreír, acababa de hablar con suave tono.

Procedió a romper los lacres y alisó el pergamino. A media lectura, alzó la vista y estudio el aspecto de su visitante. Arqueaba la ceja y avanzaba el labio inferior, mueca habitual en él cuando quería exteriorizar menosprecio.

Carlos Lezama arqueó las dos cejas y alisóse el fino bigote con el meñique.

—¿Profesión? —preguntó secamente Zergo Zanni.

—¿De quién?

—La tuya. Pregunto por tu profesión.

—No la tengo. Libre vuelo y libremente imponga empresas, cuando valen la pena.

—¿Cuál es tu nombre?

—Carlos Lezama. Mi apodo: Pirata Negro, porque gusto de vestir ese color y porque mi barco no tiene dueño ni nacionalidad. Soy mi propio, almirante.

Volvió a enfrascarse Zergo Zanni en la lectura. Cuando terminó, rió. En su risa había evidente desprecio y escarnio. Tendió el mensaje a su hija.

—Tienen que haber perdido el seso en Venecia., Reconozco que es la firma de Iago Fosco. Reconozco que Iago Fosco es un talento.

No sé, pues, cómo pudo enviarme tal estupidez.

Carlos Lezama sonrió, pero sin amabilidad.

—¿Por qué sonríes? —preguntó hoscamente Zergo Zanni.

—La principal razón es porque me place. Otra de las razones es que me figuro que Iago Fosco, al igual que tú, es desconocedor de lo que no le incumbe.

Zergo Zanni asestó un puñetazo en la mesa, encima del mapa.

—¡Ten la lengua, impertinente! Desde que has entrado, tu sola presencia me puso sobre aviso. Hablas como un perdonavidas. ¿Sabes ante quién estás? ¿Por qué me tuteas? ¿Ignoras que soy el almirante Zergo Zanni? Vete con tiento, pirata....

Carlos Lezama dio media vuelta sobre sus tacones, dirigiéndose hacia la salida.

—¡Detente! —rugió Zergo Zanni.

Pero aunque su voz estalló sonora, no pareció oírla el que ya cerca de la puerta donde aguardaba Diego Lucientes, se detuvo al oír una voz femenina, que decía:

—Volved aquí, señor. —

Vittoria Zanni, en pie en el umbral de la tienda, adusto el rostro, pero sonrientes los ojos, supo hacer un gesto con los hombros. Un gesto que podía interpretarse como excusa...

Acercóse Lezama y ella susurró rápidamente:

—Excusad a mi padre. No tuvo nunca ante sí a piratas libres.

Zergo Zanni, desde su sillón, congestionado el rostro por la cólera, vio acercase de nuevo al extraño mensajero.

—¿No oíste quo te ordené quedarte?

—Te advertí que era español y libre, almirante Zanni. No tengo por qué acatar tus órdenes. Como hombre de mar me honro oyendo tu tuteo y a él correspondo. Si hablo como un perdonavidas, es porque la vida que continuamente me perdono, me habituó a ello. Sonreí antes, porque si tú eres marino, no puedes calificar de estúpido a Iago Fosco, que es diplomático. Ni tampoco Iago Fosco podría calificarle estúpida tu actitud conservadora, que si la adoptas, tus razones tendrás. Me marché porque he cumplido mi misión en parte, ya que leíste lo que Iago Fosco te escribe. He vuelto porque-tu hija estima que debo escucharte. Pero admíteme un ruego, almirante Zanni: No me grites como a uno de tus hombres, ni me apabulles con reproches. Libremente he venido y

libremente me iré, si no nos ponemos de acuerdo.

Por segunda vez, el puño de Zergo Zanni se aplastó contra el mapa. Iba a hablar, pero se contuvo mirando a su hija, que, con el índice apoyado en el final del pergamino firmado por Iago Fosco, suplicó:

—Complacedme, padre. Leed estas notas, que me di cuenta dejasteis sin mirar.

Zergo Zanni no obedeció. Pero la voz de su hija, como siempre, actuó de freno en su temperamento. Y rió con su característica expresión de lástima.

—Es un compendio de absurdos, Vittoria. No esperaba nunca que Venecia me enviase a un pirata, como refuerzo. Dime, Pirata Negro, tú que pareces tener propensión a hablar por los codos ¿te parece digno de ser tomada en cuenta la proposición de Iago Fosco? ¿No es risible que pueda Iago Fosco creer que ha de influir en algo a favor de Venecia y su escuadra la ayuda de un solo hombre, por añadidura un pirata extranjero?

—Per pirata y por extranjero, puedo hacer lo que un veneciano honrado no haría.

—Reconoces, pues, ser un pirata asalariado.

—¿Dónde está el salario? No anticipes, almirante Zanni.

—Habla Iago Fosco de que... En fin, Vittoria, lee tú misma en voz alta la sarta de absurdos que escribe este buen Fosco, al cual quiero suponer que los años han reblandecido el cerebro.

Vittoria Zanni fue leyendo:

> "En Venecia, a últimos de noviembre de 1716".
>
> "A mi buen y querido amigo, el experto almirante, Zergo Zanni:
>
> "Hace años, mi buen Zergo, que deseo abrazarte. Siempre elevo mis más fervientes votos para el triunfo de la escuadra veneciana, que, a no dudar, lo conseguirá bajo tu digno mando".
>
> "Sabedor de que eres rebelde a todo politiqueo, no entraré en interioridades asaz largas y complicadas. No ignoras mi amor por Venecia y, por lo tanto, mi enemistad contra todo enemigo de ella. Quiero que te baste mi palabra, para que sepas que, en caso de dar

resultado un proyecto que te expondrá el portador, llamado Carlos Lezama, español y pirata, podríamos contar con la ayuda financiera de la rica Florencia”.

”Posiblemente te extrañará que cuando esperas ayuda en barcos y hombres, te mande a un hombre cuya cualidad relevante es ser un notorio pirata con la cabeza a precio en España, Francia, Inglaterra y las Antillas”.

”Le acompaña su primer oficial y dos de sus lugartenientes. Me fueron presentados por un eminente personaje, de acrisolada fama. Soy ignorante en cosas de mar, mi buen Zergo, y, por tanto, a tu cargo dejo intercambiar planes con el mensajero”.

”Quiero que sepas, que de dar resultado lo que él ha de decirte, podríamos contar inmediatamente con la ayuda financiera de Florencia. No se te ocultará lo que esto significa. Florencia no tiene marinos ni barcos. Pero tiene mucho oro y podría fletar barcos y con sus caudales enrolar tripulaciones mercenarias en Francia y España, can que reforzar las exiguas fuerzas con las que valientemente resistes frente a un enemigo superior y cruelmente fanático”.

”Buena suerte, Zergo. Tan pronto reciba noticias de un triunfo de tus naves, en mi corazón repicará la alegría de veneciano, sintiendo próximo el final de la pesadilla de nuestra guerra desoladora con los otomanos infieles y enemigos de Venecia”.

”Un gran abrazo de tu amigo,

"Iago Fosco”.

—Hasta aquí leí y me bastó-interrumpió Zergo Zanni —. ¡Un pirata! Yo necesito hombres, hombres, barcos y barcos...

—Dejadme terminar, padre. Bajo la firma de vuestro amigo, hay unas líneas que os suplico os dignéis escuchar-y sin esperar respuesta, Vittoria Zanni, leyó:

“La misma inteligente persona de acrisolada fama política a quien aludo, y que me presentó al portador, fue

quien me dio a conocer lo más relevante del historial de quien, sin duda alguna, puede serte útil. Dominó, desde temprana edad, en el Caribe, salvando a Panamá. Venció a los piratas franceses Curbec, Brazo de Hierro y al corsario Gers, “El Albino”: fue inútilmente perseguido por toda Jamaica; venció a los aztecas; exterminó por entero la escuadra, del corsario inglés Chester Tramp; suscitó una rebelión en la Martinica; venció al corso maldito cuando éste intentaba dominar en Nápoles; sé internó en tierras bereberes, dando muerte a Mezzomorto, Drub el Diablo, y Sinau, el judío de Esmirna, y últimamente venció al corsario inglés Hugh Foster, a1 igual que al corsario escocés, Angus Mac Dougherty. Te cito todos estos hechos para que comprendas que es un hombre habituado a internarse en terreno enemigo”.

Zergo Zanni arqueaba la ceja y avanzaba el labio inferior, mientras su hija leía la nota añadida por Iago Fosco. Al terminar ella, no abandonó su actitud y entre dientes, murmuró:

—Por extranjero y pirata deduje que eras asalariado. ¿Te mueve, acaso, algún interés sentimental en lo que vienes a decirme?

—Absolutamente ninguno. Por mí, pueden pudrirse los venecianos y los turcos, almirante Zanni. Pero vine a Roma para percibir trescientos cincuenta mil ducados que debía entregarme el banquero Reggio Borghese. Era la fortuna de Bruno Bronzo, que éste me legó al ayudarle yo a rescatar a su prometida, que estaba en poder de los bereberes. Reggio Borghese había dilapidado este caudal que no le pertenecía. Y de Florencia obtuve una promesa de cuya buena fe estoy plenamente convencido. Me serán entregados los trescientos cincuenta mil ducados, si hundía siete naves turcas. A cincuenta mil por nave. Buen precio. Me dijeron que, a ser posible, hundiera estas naves a tu elección y conocimiento. Es decir, que tú pudieras sacar provecho de ello, almirante Zanni. Eso es cuanto vine a explicarte. Puedes sonreír, porque es lógico. También yo me reiría y me burlaría del insensato que, estando yo al mando de mi velero, me hablara de hundimientos de barcos lejanos.

Zergo Zanni no apartaba la mirada del rostro del que hablaba con seca entonación.

—Mira este mapa-dijo, de pronto.

Y con el índice fue señalando distintos círculos. —Arkypa, Knossos y la entrada de los Dardanelos. Llegar a Arkypa es soñar; acercarse a Knossos, es irrealidad, y alcanzar los Dardanelos, es, sencillamente, imposible. ¿Te crees, acaso, un Tamerlán dotado de poderes mágicos?

—A Tamerlán le sobraban hombres y hacían mucho ruido. Yo pienso ir en silencio y acompañado tan sólo por tres hombres: mi primer oficial y mis dos lugartenientes. Y soy modesto, almirante Zanni: si un Tamerlán vino al Adriático desde Asia, yo puedo sobradamente ir del Adriático al corazón de Asia, si tal me lo propongo. Y lo haré, porque en danza hay trescientos cincuenta mil ducados contra siete cascos turcos.

Zergo Zanni se encogió de hombros, tomando por testigo a su hija. Pero en su voz había menos brusquedad cuando habló:

—Eres un insensato, pirata. Tus triunfos en otras tierras te han endiosado. ¿Pretendes tú, un hombre solo, llegar donde no he llegado yo?

—Mandas naves que son muy visibles y claras son tus intenciones, almirante Zanni.

—¿Conoces la tierra otomana?

—No. Pero tampoco, conocía esta playa, y aquí estoy.

—Somos blancos como tú, y basta que te envíe Iago Fosco para que olvide que eres pirata. Allá en tierra turca hallarías fanáticos que, apenas pusieras pie en tierra, te someterían a refinados tormentos de los que no tienes la menor idea.

—La tendré si me torturan.

—¡Eres un suicida insensato e inútil! ¿De qué ayuda puedes servirme? Quiero escucharte, para evitarme el día de mañana reproches de Iago Fosco, que es quien te respalda. ¿Cuál es tu famoso, proyecto?

—Sencillísimo. Hundir siete naves turcas...

—¿Cómo?

—Hundiéndolas.

—No puedo reírme, pirata. Tu aspecto es de hombre que mucho ha navegado, y, sin embargo, hablas como un infante edificando castillos en la arena, para luego darse el placer de verlos hundirse con la marea. Pero es arena y son niños. Tú eres hombre, y, al

parecer, has vencida a gente de calidad. ¿Desconoces la fuerza.de los malditos otomanos?

—Conozco la mía.

—¿Don Quijote y los molinos?

—No. Soy Sancho que va a por talegas de ducados. No voy lanza en ristre y trompeteando mis propósitos, sino a la chita callando. ¿Por qué crees que hice alarde de pañuelo rojo? ¿Por qué cité a los honrados venecianos? Donde fracase la fuerza vence la astucia. Varias veces me apoderé de barco enemigo, a solas con mis lugartenientes.

—Era un barco de blancos. Distinto es, lo que... *¡Corpo di Baco! ¡Fanfarrone!* Me has hablado claramente, pirata. Por eso, quizá, te sigo escuchando. ¿No comprendes que no te prestaré ni uno solo de mis hombres?

—No te los he pedido ni los quiero, almirante Zanni. Me estorbarían. Me sobro con mis tres acompañantes.

—No te daré carta para que puedas pisar cubierta de barco alguno veneciano.

—Sólo quiero una cosa, y, si no consientes, sabré hallarla.

—¿Qué es?

—Dos lanchas con lona, capaces cada una para dos hombres.

—Suponiendo que te las diera, ¿qué harías con ellas?

—Dirigirme a tierra otomana.

—Te darán muerte, así como a tus otros tres locos.

—Cuatro menos en la tierra. Más lugar para los sensatos como tú, almirante Zanni.

Vittoria Zanni escuchaba atentamente. No intervenía porque comprendía qué, muy a su pesar, su padre se interesaba en aquel duelo verbal.

—Toma-y Zergo Zanni tendió al, Pirata Negro una regla, un compás, y le señaló el mapa —. ¿En cuántos días podrías llegar a Arkypa?

Carlos Lezama efectuó varios cálculos con ayuda de los instrumentos.

—Cuatro, si sopla viento a favor; ocho, orzando, el doble, si está encalmado el mar; un mes, con viento en contra.

—Bien. En diciembre hallarás viento a favor, aunque tengas que orzar, a instantes, por la noche. ¿Sabes lo que encontrarías en

Arkypa?

—Turcos, turcas, alfombras, bazares, minaretes, derviches y demás salsa. Pero es puerto también y habrá barcos.

—En efecto. Está la nave de Orján-Eddin, uno de los principales capitanes del “padichá”. ¿Sabes quién es Orján-Eddin?

—Uno de los principales capitanes del “padichá”. Tú acabas de decírmelo, almirante Zanni.

—Dime en cuánto tiempo podrías llegar a Knossos.

Al cabo de unos instantes, el Pirata Negro alzó el rostro del mapa.

—Siete, en diciembre; nueve, si orzo de noche.

—¿Sabes quién está en Knossos?

—Deli Hussein.

Zergo Zanni dio un respingo.

—¿No decías que ignorabas...?, ¡Ah!... —masculló, contrariado, aunque una leve sonrisa apareció por vez primera en sus labios—. Está escrito en el mapa. Bien, pirata. Sabes leer, pero no dice el mapa quién es Deli Hussein. Es el principal capitán del “padichá”. Un chacal cruel, inteligente. Manda cuatro naves.

—¡Lástima! Tengo que hundir siete. A esto me comprometí.

—Tres tiene en Arkypa Orján-Eddin.

—Cabal la suma. Ya viniendo hacia aquí, decidí que nos dividiéramos en dos grupos. Mi primer oficial con uno de mis lugartenientes, y yo con el otro.

—¿Persistes en ir a la muerte?

Persisto en querer mis trescientos cincuenta mil ducados. También te concederé que me aburro tanto, que a veces necesito pequeñas emociones. Si siempre ganase, ¿dónde estaría el placer del riesgo?

—Tomas a juego lo que es gravísimo.

—Siempre fue esta mi norma. Por eso soy pirata, y no almirante.

Zergo Zanni enrojeció, dispuesto a vomitar imprecaciones. En alto ya el puño que iba a descargar sobre la mesa, dominóse repentinamente.

—Creo que no me apenará saber que has muerto en tierra otomana, pirata. Lo mereces por fanfarrón e insolente.

—No te pido que me llores, almirante Zanni. Pero escucha: ahora que ya tienes e1 convencimiento de que iré a donde me

antoja, quiero que te quede otro convencimiento. Si logro salir con vida, y paso de nuevo por esta tienda, suplico de antemano a tu hija que no se ofenda si te llamo “asno estúpido”... ¡Sí! Asno, porque no has sabido adivinar que soy fanfarrón porque no valoro mi vida ni en un ochavo, y estúpido, porque no quieres darte cuenta que mi insolencia es soberbia de vencedor endiosado que derrota a la muerte porque la desprecia. Y ahora, perdonadme, vos, señora, y vos, señor almirante, si he alterado la quietud respetuosa de esta tienda. Estando ya de acuerdo en que soy un insolente fanfarrón, ¿puedo continuar exponiendo mis ideas, almirante Zanni?

Tardó unos instantes en hablar el aludido.

—Pienso en Venecia y en Iago Fosco, pirata. Por ella y por él he soportado tu actitud. Habla.

—Por mis trescientos cincuenta mil ducados, yo, hombre libre, acabo de presentarte excusas, almirante Zanni. ¿Cuento con dos lanchas?

—No arruinarán el patrimonio veneciano. Pensaré que es un obsequio a Iago Fosco.

—Ordena, pues, en nombre de Iago Fosco, que carguen en ellas las provisiones de boca que puedan necesitar cuatro hombres durante dos semanas. Odres de vino, barricas de agua, tasajo, galleta y salmuera.

—¿Qué más? —preguntó, con patente ironía, el veneciano—. ¿Pólvora?

—Me la prestarán los turcos. Pensando en Iago Fosco y en otro que no conoces llamado Lord Pegrey, te expondré lo que ocurrirá si consigo lo que me he propuesto. Cuento diez días a partir del de hoy para llegar a Knossos, el puerto de la isla de Candía donde están las cuatro naves de Deli Hussein. En Venecia desean que el hundimiento de las naves turcas sea un lustre nuevo para dar brillo a la estrella veneciana, de la cual, al parecer, está falta.

—Hoy es día 8 de diciembre, pirata —dijo Zergo Zanni, ceñudo.

—Apunta en tu cerebro la fecha, almirante. La noche del día 23 de este mismo mes, si sigo en vida, habré tomado las medidas del puerto de Knossos. ¿Tienes vigías que desde sitio seguro puedan otear este puerto de la isla de la creta?

—Los tengo. Barcos que navegan vigilantes.

—Bien. A partir de la noche del 23, si en alguna de las siguientes

ven resplandores de incendio, y están lo suficientemente cerca para oír explosiones, que le pidan a Mahoma paz por el alma de Deli Hussein. Si transcurre todo el mes, y nada perciben... entonces yo habré perdido trescientos cincuenta mil ducados.

—Bien. Si posees tanta confianza en ti, dime: ¿y las otras tres naves que te jactas de hundir?

—Me hiciste tomar la distancia a Arkypa, el puerto de la península de Morea. Ahí irá mi primer oficial, con otro de mis lugartenientes. ¿Tienes quien aceche Arkypa?

—Mi yerno, el capitán Ludovico Luchessi, desde el golfo de Tarento destaca naves que rondan Corfú, Cefalonia y la península de Morea, en evitación de posibles infiltraciones otomanas.

—Dile lo mismo que a ti te he dicho. Que vigile Arkypa a partir de la noche del 23.

—¿Por qué esta fecha?

—Cuento los días para llegar, los días para informarnos y los días para urdir e1 mejor método de hundir sin ser hundidos, a ser posible. Aunque, si cuatro cadáveres de españoles insensatos dan fe de haber hundido siete naves turcas, serán cuatro cadáveres felices, porque habrá quien perciba en su nombre los trescientos cincuenta mil ducados.

—¿Tu mujer?

—Es asunto que —no tiene que ver con lo que tratamos, almirante.

—¿Vuestra esposa, señor? —interrogó Vittoria.

Zergo Zanni observó a su hija, irritado. El Pirata Negro examinó un instante a la poco agraciada veneciana. Inclinóse respetuosamente.

—No tengo esposa, señora. Pero aun los piratas, por caprichosos, nos sentimos niños a veces. Y hay en Francia una muñeca a quien muchas muñecas podrán comprarle con trescientos cincuenta mil ducados. Volvamos a lo nuestro, almirante. ¿Puedes darme un mapa que, en casa extremo, pueda servirme de orientación?

—Te basta con tomar nota de las latitudes y longitudes relativas a Arkypa y Knossos.

La carcajada del Pirata Negro fue zumbona.

—¿Desconfías de Iago Fosco? ¿Crees, acaso, que te mandó un espía turco? Así me dieras ahora este mismo mapa sobra el cual

apoyas las dos manos, no lo tomaría. Haces bien, almirante. Hay que ser prudentes, muy prudentes... Veamos —y por unos instantes examinó el mapa—. El sol y las estrellas me bastarán, almirante. Adiós. En la playa, espero las das lanchas. Señora, beso vuestros pies.

Dio media vuelta y abandonó la tienda. Zergo Zanni repiqueteó por unos mementos con los dedos encima del mapa.

—Es un insensato, impertinente y soberbio, que va en busca de la muerte, Me lavo las manos de este absurdo proyecto, que no puede dar por resultado más que una ilusión patriótica de Iago Fosco y cuatro cadáveres. Lo siento por mis dos lanchas. Voy a bordo a dar órdenes.

—¿Me permitís que os recuerde la sucedido en Candía, padre?

Ya en pie, volvió el rostro Zergo Zanni, que se dirigía a la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—¡Un puñado de hombres hizo frente por espacio de veinte años a muchos turcos, padre. Cuatro hombres piratas pueden hundir algún barco.

—¿Y qué? ¡Ah, sí!... Bueno. Daré orden a Ludovico y a Melchiore que estén al acecho, en particular del puerto de Arkypa y de Knossos. Pero será inútil, Vittoria. Esos cuatro piratas, alucinados por el oro, van a la muerte.

Abandonó Zergo Zanni la tienda. Vittoria dirigióse a un pequeño armario, y, abriendo la puerta, extrajo de él un cilindro de metal, que ocultó entra los pliegues de su esclavina, junto a su pecho.

Salió a la playa, y, cerca de donde el agua besaba la arena, divisó el grupo formado por los cuatro españoles.

Al avanzar ella, también avanzó unos pasos a su encuentro el Pirata Negro.

—Tomad-dijo ella, precipitadamente, colocando entre las manos de Lezama —el cilindro de metal—. Que no nos vea mi padre...

Carlos Lezama, ya en posesión de su cinto y armas, al igual que Diego Lucientes, introdujo bajó la camisa el cilindro, cuya estructura le demostraba ser estuche de mapa, al uso de los marinos.

—Es copia en pequeña escala del mapa que pedisteis, señor. ¿Es vuestra hija la muñeca a la cual aludisteis?

—Gracias, señora. Vos tenéis una inteligencia... que habréis heredado de vuestra madre. Perdón; excusadme. Comprendo que vuestro padre, por almirante, tiene razón en hablar duramente a un pirata. Pero...

—...el pirata ha sabido contestar como tal a un almirante. Mi padre es inteligente, leal y noble. Sabedlo, señor pirata.

—Vos lo decís, y así lo creo.

Acercábanse dos lanchas impulsadas a fuerza de remos por marinos. Otra, lujosa y de mayor tamaño, desembarcó cercano al grupo al propio Zergo Zanni, que, ceñudo, aproximóse.

—¿Qué haces aquí, Vittoria?

—Vine a desear buena suerte a los que emprenden una loca empresa que puede redundar en beneficio de Venecia, padre.

—¿Vos no me la deseáis, señor almirante? —inquirió el Pirata Negro.

Zergo Zanni le miró unos instantes coa desconfianza.

—Te sientes de pronto muy respetuoso, pirata.

—Tenéis una hija inteligente, señor almirante. Ese será el motivo por el cual ahora recuerdo que os pertenece el tratamiento.

—Ahí tenéis las lanchas-dijo Zanni, señalando las dos embarcaciones, que los marinos mantenían inmóviles, ciando lentamente.

Cuando, después de subir en ellas “Cien Chirlos” en una y “Piernas Largas” en otra, los marinos venecianos pasaron a tierra, el Pirata Negro saludó en amplia inclinación que abarcaba al almirante y a su hija.

—Buena suerte quiero para Venecia —dijo el Pirata Negro, sonriente.

—Sois extranjero —rebatió secamente Zergo Zanni.

—Por eso mismo se la deseo, y sobre todo porqué en la buena suerte me incluyo n mí y a mis tres compañeros.

Cuando las dos lanchas, a fuerza de remos empuñados por “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, se alejaban, separadas escasamente por dos metros de distancia entre sí, Zergo Zanni sonrió.

—Al menos puedo tener la certeza de que si este pirata logra poner pie en tierra otomana, no se prosternará ni ante el propio “padichá” —Y a regañadientes añadió:— Buena suerte.

—Buena suerte-repitió también Vittoria Zanni, en voz baja y

fervorosa.

Las dos lanchas eran ya un punto lejano, camino del canal de Otranto.

Capítulo II

Una finalidad definida

Lejana ya la playa adriática donde Zergo Zanni tenía instalada su cuartel general de retaguardia, las dos lanchas avanzaban a favor del viento ayudando el impulso de los dos remeros.

"Cien Chirlos" bogaba vigorosamente, remozadas sus fuerzas y alegre el espíritu porque, aunque ignoraba el epílogo que iba a tener aquel extraño viaje, tenía ante él un acicate en la figura del que, sentado a proa, iba desnudándose parsimoniosamente..,

El Pirata Negro quitóse primero la casaca, que lanzó al agua. Después la camisa siguió el mismo camino, y, por último, después de las botas, el cinto con el tahalí de la espada y la daga, al igual que la pistola, produjo un "floc" más sonoro al hundirse en el agua.

Desde la otra lancha que, remada por ''Piernas Largas", tenía en la proa a Diego Lucientes, éste, aunque ignorante del motivo por el que Carlos Lezama habíase quedado vestido tan sólo con el pantalón, despojóse de la elegante casaca, que arrojó al agua, como también sus armas y botas.

Conservó puesta la camisa, para cubrir la media coraza que, ajustada a su hombro izquierdo, forraba de hierro el omóplato y la mitad del tórax del mismo lado, y mantenía fijos los tirantes de metal que maniobraban los falsos antebrazos y mano.

Arrojó también, al agua su manopla derecha, pero conservó la izquierda, bajo la cual la ingeniosa mano de hierro quedaba invisible.

—¡Ensamblad! —gritó el Pirata Negro.

Su exclamación lacónica fue debidamente interpretada. "Cien Chirlos" cesó de remar. "Piernas Largas" aumentó la potencia de sus paladas, y cuando el costado de su lancha rozó la ocupada por el

Pirata Negro y “Cien Chirlos”, ambos lugartenientes asieron mutuamente la borda contraria.

Las dos bordas quedaron juntas, y las dos lanchas, meciéndose en el encalmado mar, fueron derivando lentamente hacia el canal de Otranto impulsadas sin violencia por la corriente.

—Ese adminículo desentona-dijo Carlos Lezama, apuntando con el índice la cabellera roja del que ocupaba la vecina proa.

Diego Lucientes destocóse el tricornio azul, que arrojó al agua.

—La camisa la conservo para engatusar-dijo, sonriente.

—¿Por qué te desvestiste?

—No tengo la menor idea, señor. Lo hiciste tú, y consideré apropiado y disciplinado imitarte.

En silencio el Pirata Negro recogió de entre sus pies un cilindro metálico, del cual extrajo un rollo, que alisó, tendiéndolo a Lucientes.

—Echa una ojeada. Es la tierra costera por la que tendremos que entrar. Que vea el mapa el chiclanero. Es buen orientador.

Al cabo de unos instantes, Carlos Lezama señaló hacia el sur:

—Dejando a la deriva las lanchas, toparíamos con la isla de Corfú o la tierra alta de la península de Morea. Pero antes de largar vela cada uno, conviene dejar bien sentados distintos puntos. Hoy estamos a 8 de diciembre. A partir del 23, los venecianos estarán al acecho de cualquier incendio o explosión que se produzca en las naves turcas ancladas en Arkypa y Knossos.

—Nombrecitos graciosos, señor-comentó Lucientes, guiñando.

—Nada de gracioso tienen los nombres de cementerios, estudiante.

—¡Repámpanos! ¿son Arkypa y Knossos cementerios otomanos?

—Lo serán. Me encanta tu propensión de tomar en chanza las cosas serias, señor Lucientes, pero quisiera grabar en tu meollo dos cosas: una, que tú y el chiclanero iréis a Arkypa, con la definida finalidad de hundir las tres naves mandadas por Orján-Eddin; otra, que si lo lográis no saldréis con vida, a no ser por milagro. Y no creo en milagros.

—Una perspectiva poco atractiva, señor —sonrió Lucientes—. Permíteme continuar bromeando, porque te doy mi palabra de hombre, que Curro Montoya y yo, de bromas y de veras, podremos dejar el pellejo en Arkypa, pero habrá tres naves menos en la

escuadra otomana. Ellos serán muy crueles, pero el chiclanero y yo somos muy listos.

—No lo dudo. Tanto es así, que comprometí mi honrilla de pirata en que vosotros dos cumpliríais. Ahora bien, si sois tan listos, demostrádmelo. Dime, señor Lucientes: sabedor de que tienes que llegar hasta Arkypa y trabar contacto con las naves de Orján-Eddin, ¿qué plan has meditado?

—Ninguno, señor. Sobre el terreno veré. Por de pronto, si pienso llegar incólume a Arkypa, no desembarcaré en Arkypa.

—¡Ah!... ¿Dónde, pues?

—Más al norte y de noche. Luego, mi, buena estrella me guiará.

—¿Te haces cargo de las muchas dificultades?

—Si no las hubiera, mi hija no sería una opulenta y afortunada mujercita. La primera dificultad que veo es que, a pesar de hablar francés, inglés y español, llego a creer que soy mudo, al pensar que pisaré tierra donde hablan endemoniada parla que no conozco.

—Esa es la primera dificultad. ¿Cuál más?

—Acercarse a las naves no será camino trillado. Pero confías en mi cerebro y en la marrullería de Curro Montoya, señor.

—Confío. Sé que los dos no expondréis; la piel para fracasar. Hundiréis tres naves. ¿Cómo? Allá vosotros. ¿Tienes tú alguna idea especial, chiclanero?

—Me guiaré por el cerebro del señor Lucientes, señor-dijo algo hoscamente el andaluz.

Fingió el Pirata Negro no darse cuenta de ello.

—¿En tierra enemiga, quién ve más, chiclanero? Ya en el Caribe de ello hablamos una vez.

—En tierra enemiga, señor, el que más ve es un mendigo forastero mudo y ciego.

—Yo responderé por él, señor-intervino Lucientes —. A él, como a mí, le atosiga y revienta la idea de morir lejos de donde tú te halles.

—Desplazados sentimentalismos que no hacen al caso-dijo con sequedad el Pirata Negro —. No somos suicidas. Hay una probabilidad sobre mil de que salgamos con vida, y somos hombres para intentar aprovechar tan generosa probabilidad. Dando por descontado que un mendigo ciego puede tener muchas ocasiones de ver y actuar, ¿qué serías tú, señor Lucientes, al pisar suelo turco?

Eso pensaba ser yo, salvo mejor opinión del señor Lucientes. Si puedo “afanar” una cítara o cualquier madero con cuerdas, rascaré las tripas, sin entonar, y. buscaré platillo con que mendigar en las proximidades del puerto.



—Bien está. Te percibo algo remolón, Curro Montoya. ¿Tienes, queja? Puedes hablar. ¿No te complace ir con el señor Lucientes?

—Ya una vez fui su segundo, señor. Y me gustó, porque llegada la hora de la seriedad no hay mejor jefe que el señor “Medio-Brazo”.

—¿Entonces?,..

—Verás, señor-y el madrileño rascóse la, sien unos instantes —. Tengo por cierto que si llegase a la costa maniobrando la vela, no tardarían en acogerme con cadenas y amarrarme. Amarrado por amarrado, imagino que “Piernas Largas” podría amarrarme antes de abandonar la lancha, y así yo semejaría un prisionero que se salvó del naufragio en que perecieron' los enemigos que lo custodiaban, que bien podrían ser venecianos o españoles. Me las daría de renegado, con muchas zalemas, y vería lo que ocurría. ¿Apruebas mi plan, señor?

—Podría dar resultado, aunque también lo daría el qua lograses ropas turcas y estopa negra con que cubrir tus bellos rizos. Lo dicho. Hay una finalidad definida: hundir tres barcos entre, vosotros

dos en la bahía de Arkypa.

—Si fuera uno por barba, señor, estaría ya hecho. No nos costaría mucho penetrar a bordo, que la noche siempre nos favoreció. Ir a la santabárbara, sentarse en un barril de pólvora, encender mecha, cubrirse los oídos con las dos manos y aguardar el ruido que en pocos segundos nos ensordecería. Pero antes de esta operación, debemos, Curro Montoya y yo, hundir el tercero, que será el primero. Ya ves, señor: mentían los dómines que me enseñaron de cuentas, cuando decían que el orden de los factores no altera el producto. Tres son tres, pero el tercero ha de ser el primero. ¿Te das cuenta, Curro Montoya?

—Mejor se dará cuenta de ello cuando sea ciego en tierra ajena. Cuando vayan estrechándose las fajas de tierra anunciando la entrada del canal largaremos velas, y cada lancha a su destino. De los dos grupos, el que primero termine su misión se impondrá la obligación de permanecer a la espera un mes en el “Albergho Graziella”. Pasado este tiempo..., cada uno de los que en vida queden, libre queda de regresar al “Aquilón”. Antes que nos separemos, ¿tienes algo que decir, señor Lucientes?

El madrileño sonrió con cierta melancolía.

—Me temo que si hablase, me tildases de sensiblero repugnante.

—No lo haré, “Medio-Brazo”. Habla, y desembucha cuanto quieras.

—Pues oye, hidalgo Lezama. Justo sería que fuera mi vida la que se perdiera, ya que Gaby es hija mía y por tanto...

—Endereza timón. Por ahí no quiero seguir oyéndote.

—Bien. Cambio rumbo. Orgulloso estoy de proclamar que Gabrielle Lucientes de Civry bien vale nuestras cuatro vidas, porque nos hace acometer con alegre espíritu aventura mortal. Es bello epílogo a nuestras asendereadas existencias, señor. Cuatro piratas por nombre, van a morir matando, para que dentro de diez años, una hermosa mujer despose el mejor partido de toda Francia, porque será rica, inteligente y bonita... ¡que por eso es mi hija! ¿De acuerdo?,

—¿Por qué no? ¿Algo más?

—Que fui hombre y me sentí orgulloso de vivir, desde el día en que me enrolé bajo tus órdenes, señor. Nada más.

—¿Y tú, chiclanero?

Curro Montoya, hombro contra hombro, de “Cien Chirlos” agarrotada su mano izquierda alrededor de la borda de la lancha vecina, miró con expresión medrosa al Pirata Negro.

—Contigo señor, aprendí a hablar, y moderé mis instintos. Carne de horca que era, y sombrío que vivía... ¡mal rayo me parta, señor! ¡Tú no morirás en tierra de bárbaros, porque a bárbaros e inteligentes no nos pueden ganar! ¡Nada más!

—No te entendí bien, chiclanero. ¿Carne de horca y sombrío?

—Eso era antes de servirte, señor. Después.., hallé en ti padre, hermano, hijo, amigo, cariño.., y ¡mal rayo me parta!... noto sequedad, en la garganta y las palabras no me ayudan...

—Hora es ésta, en que nos podemos permitir debilidades, amigos. Siempre estuve orgulloso de ti, Diego. Mala cabeza, pendenciero, borrachín, poetastro lunático... pero muy hombre, cuando la ocasión se terciaba. No te doy la diestra, porque lo quiero hacer en el “Albergho Graziella” veneciano. Y, tú, chiclanero, por mulo resabiado, astuto marrullero, buen cantor, y mozo templado, mereciste mi confianza. También como al señor Lucientes, eso te digo. Hasta que nos veamos en el “Albergho Graziella”... Y sí no fuera así, creamos en otra vida, donde penitencia hagamos, pero donde también una justicia especial nos permita reunimos, y ser los cuatro dogos de siempre, aunque encalmados los instintos de pelea. Y tened por cierto que sea cual sea el final de nuestro camino, nada nos separará, Juntos velaremos desde estrella, infierno o nube, por la que hoy es niña y mañana será orgullo de nuestras viejas almas.

La diestra del Pirata Negro se distendió, chocando contra el pecho del andaluz.

—No lo pongas en tela de juicio, chiclanero. No te ofendas... ¡pero tú tienes un alma! Y si estimas muy agraciada tu jeta, yo puedo asegurarte que tu alma, aun contra tu propia voluntad, es buena y grande. Y tregua a la palabrería. ¡Separad!

Bruscamente, tanto “Piernas Largas” como "Cien Chirlos” empujaron a la vez, como si quisieran apartar lo más lejos posible cada una de las pequeñas embarcaciones.

—¡Lonas!

Casi, con frenesí, los dos lugartenientes alzaron por las cabrias el blanco trapo que se extendió atrás del palo único. Afianzaron el cabo de remate, y cobraron nuevo impulso las embarcaciones.

En cada proa, los dos inmóviles ocupantes miráronse unos instantes. Una tenue sonrisa, de elocuencia infinita, dibujábase en los labios de Carlos Lezama y Diego Lucientes.

Fue el primero en desviar la vista el Pirata Negro, y su lancha alejóse. El pañuelo rojo que cubría a median sus cabellos, fue empequeñeciéndose... "Piernas Largas" había soltado medio trapo, para aminorar la velocidad. Era un acatamiento postrero, para ceder el puesto de vanguardia al que hasta entonces había sido su jefe.

"Cien Chirlos", afianzada ya la vela, sentado en popa, asía el varal del timón.

—Sur hasta que te cante otro rumbo, guapetón-dijo el Pirata Negro. —Oíste a tu amigo. ¿Qué tal te pareció lo que dijo?

—A veces habla como un libro de los buenos, señor. Estuvo bien lo que chapurreó.

—No pareces triste, sino casi tan satisfecho como si fuéramos a convite de cuchipanda sabrosa.

—Voy contigo, señor-dijo "Cien Chirlos", arrugando el rostro en su peculiar sonrisa.

—Eres cargante, so bruto. ¿Crees acaso que vamos a un festejo?

—Voy contigo, señor-repitió tozudamente el lugarteniente.

—¿Sabes dónde vamos?

—A mesarle las barbas a un tipejo llamado Deli Hussein, que tiene cuatro cascos que tú hundirás.

—Cuatro cascos que tienes tú también, aunque parezcan manos y pies. Cierto que vamos a Knossos, capital de la isla de Candía. Cierto que hay cuatro naves. ¿Te figuras que al llegar, Deli Hussein saldrá con una bandeja y un refrigerio, y nos dirá: "Hola, hola, mis buenos amigos. Ahí tenéis mis cuatro naves. Están ya las mechas preparadas. No tenéis más que prenderles fuego, y aplaudiremos juntos"?

—Tú les tomarás la medida a esos "ontomanos", señor.

—Lo intentaremos. Oye, guapetón; también una vez estuvimos solos y en trance de cercana muerte. ¿Recuerdas?

—Uno de mis mejores recuerdos, señor-dijo con fervor "Cien Chirlos". —Fue allá en tierra de bereberes, con macha arena, mucha sed y mucha hambre.

—Y tú quisiste darme a beber en tus venas para calmar mi sed.

Al yo negarme, pusiste hocico de perro apaleado. Y entonces me di cuenta que por años y años habíamos estado juntos y no sabía tu nombre.

“Cien Chirlos” adoptó un continente avergonzado, que hizo brotar en los labios del Pirata Negro una divertida sonrisa.

—Yo te dije señor, que me llamaba “Cien Chirlos”.

—Entonces como ahora eran minutos en que se olvida todo. Olvida tu apodo, que naciste con nombre cristiano.

—Marcelo, señor-musitó pudoroso el robusto cincuentón.

—Y hoy, como entonces, bajas los párpados como si confesaras un horrendo delito.

—Porque es nombre que cuadra mejor a mozo joven y guapo, fino y caballero. Es decir, todo lo que yo nunca fui.

—Siendo como eres no te cambiaría por el más elegante de los almirantes, aragonés. Recio y terco eres, galán. Por eso vienes conmigo. Porque cuatro son los barcos con que vamos a entendérnoslas. Y confió más en ti, que en toda la escuadra veneciana. Procuraremos demostrar una cosa, guapetón; ¿sabes cuál? Que al desconocido Deli Hussein le va a resultar difícil domeñar a brutos como a tú y yo.

Capítulo III

Deli Hussein y el Santón

La isla de Candía había sufrido muchas vicisitudes, al pasar alternativamente de poder de los venecianos, al poder de los osmanlíes mandados por el implacable Deli Hussein.

Deli Hussein, ventrudo y de corta talla, de miembros nudosos cubiertos de profuso vello, era el mejor de los marinos al servicio del "padichá" Eskender Bey.

Nada ni nadie ejercía influencia en sus decisiones, a diferencia de otros muchos servidores del "padichá", que no tomaban partido sin antes consultar a su favorita í a un consejero.

Deli "Hussein tenía un harén, como todo otomano de clase elevada, para exteriorizar con ello su poderío. Por él desfilaron armenias y circasianas de la mayor belleza; tuvo cautivas venecianas de sutiles encantos...

Ninguna de ellas ejerció la menor influencia en su autoridad. Deli Hussein, envejeció invencible y dueño y señor de sus propias decisiones, diferenciándose por completo de sus colegas de mando, que a la usanza turca necesitaban madurar sus meditaciones pidiendo continuo asesoramiento a la favorita de turno o al más reciente consejero que sustituía al recién decapitado.

En esa costumbre había un complejo fatalista, destinado a buscar alguien en quien hacer decaer las culpas de una decisión errónea. Si era la favorita, quedaba relegada a esclava al servicio de las demás, escarnecida y tan miserable, que muchas de ellas, por amor propio y orgullo malheridos preferían ellas mismas darse muerte. Si era consejero visir el que dio un parecer que luego prácticamente no dio los frutos esperados, su cuello cercenado aquietaba los escrúpulos del "Osmán".

Tal era el apelativo con que se conocía a cuantos mandaran por delegación del “padichá”.

Y el Osmán Deli Hussein no discutía con nadie lo que se proponía hacer, hasta que en Knossos apareció un extraño sujeto. Era un hindú Viejo, de barba gris, larga y rala, de rostro demacrado y pupilas relucientes como las de un felino.

¿Cuál era su nombre y procedencia? Nadie lo sabía. Cuantos moraban en Knossos, cretenses o genízaros al servicio de Deli Hussein, conocían al extraño hindú con el apodo de “Santón”. Le atribuían mágicos poderes espeluznantes. Le temían, y cuando algún habitante de Knossos pasaba cerca del hindú, prosternábase adhiriendo el rostro al suelo, para no mirar ni ser mirado por el que era la sombra de Deli Hussein.

Si el Osmán efectuaba alguna consulta, o dictaminaba en juicio, aparecía tras él la hierática silueta del hindú, que acurrucado, sentándose sobre sus piernas cruzadas, presidía en silencio el acto.

En qué consistía el poder del hindú, nadie lo sabía. Tan sólo un cautivo conocía la historia de Yogg.

✲ ✲ ✲

Fue en un reducto fortificado cercano a la Canea, en las postrimerías de la defensa veneciana y cuando ya el grueso de las fuerzas había capitulado, donde Filipo Cheltaldo, cirujano de Venecia, conoció el extraño poder misterioso de Yogg, el hindú.

Cayó prisionero de las fuerzas de Deli Hussein, y no pereció porque el Osmán, con sabio parecer, determinó que más valía un cirujano vivo y cautivo que un veneciano muerto e inútil.

Filipo Cheltaldo amaba la vida, y aceptó el ponerse al servicio del Osmán. No podía salir del palacete fortificado donde residía Deli Hussein, y usufructuaba un aposento dormitorio que comunicaba con vasta sala donde se apiñaban, por las mañanas, los enfermos que iban a solicitar el auxilio de la ciencia del cirujano…

El aposento y la sala, estaban permanentemente custodiados desde el exterior por seis genízaros. Filipo Cheltaldo era un cautivo resignado, y procuraba acomodarse a su sino, dedicándose por entero al cuidado de los enfermos.

De vez en cuando, algunos de ellos debían permanecer encamados en la sala contigua al aposento dormitorio, y pese a la ciencia del veneciano, morían en ella.

Un día, entraron varios genízaros, que sin pronunciar palabra alguna, fuero instalando en la sala ricos tapices, biombos recamados en oro y bordados, alfombras y pieles, formando con ellos un compartimiento suntuoso, y poco después colocaron en su centro un lecho con dosel, sábanas de fino tejido y profusión pieles y almohadones.

Filipo Cheltaldo permaneció intrigado hasta que de nuevo los genízaros regresaron llevando en andas a una velada y yacente mujer.

Quedó tendida e inmóvil en el lecho, y los genízaros se arrodillaron, porque a la puerta de la vasta sala acababan tic resonar agudamente los clarines anunciando la entrada del Osmán.

Deli Hussein, cubierto de ropas, rutilantes, en las que brillaban las piedras preciosas, formando complicados arabescos, avanzó con paso majestuoso. Tras él, andaba hieráticamente Yogg, el hindú.

Hasta entonces, todas las órdenes del Osmán habían llegado al cirujano por medio de un genízaro.

Filipo Cheltaldo desvió la vista evitando do mirar a Yogg, el hindú. Procuró adoptar un continente respetuoso al saludar profundamente al dueño y señor de Knossos.

—El hilo de tu vida se romperá si muere Princesa Azul, perro cristiano —dijo Deli Hussein en imperfecto italiano comprensible.— Cuida de ella como si fuera la pupila de tus ojos. Vela su aliento e infunde calor en sus venas. Si la Princesa Azul muere, morirás treinta veces.

La alusión a los treinta martirios, máximo exponente de la maestría de los verdugos turcos, que lograban torturar rústicamente a un condenado a muerte, concediéndosela hasta prolongar su agonía por muchos días, hizo que Filipo Cheltaldo se estremeciera.

Intentó evadirse de la responsabilidad.

—¡Magnífico y Poderoso Deli Hussein! —exclamó empleando!a fórmula obligatoria para dirigirse al Osmán-La ciencia cristiana tiene sus límites. Yogg el hindú tiene poderes que...

—¡Obedece, perro cristiano! —chilló Deli Hussein.— Yogg no tiene poder para curar la enfermedad de una de tu raza. Tú, sí. Así lo ha decidido Yogg y yo te doy la orden de revivir a la Princesa Azul. ¡Obedece!

Partió el Osmán, seguido por el silencioso y hierático hindú de

piel apergaminada. Filipo Cheltado, aislado en el compartimiento suntuoso donde yacía la llamada Princesa Azul, sintió un repentino odio contra la que con su enfermedad le ponía en trance de ser cruelmente torturado mientras agonizaba lentamente.

Pulsó y auscultó a la que para él no era una mujer de esplendorosa belleza grácil, sino un cuerpo doliente de cuya curación dependía su propia vida.

Era una singular hermosura delicada, frágil, casi etérea. Tenía los ojos abiertos, pero sin expresión. Unos ojos intensamente azules, que hablaban de nostalgia de cielo. Los rasgos del rostro eran de una pureza indescriptible, de blancura mate, y una sedosa y larga cabellera rubia se derramó en cascada sobre los hombros cuando el médico quitó el velo que sostenía los cabellos y velaba el rostro.

El cuerpo era de un modelado exquisito, delgado quizá para el gusto de la época, con una esbeltez escultural. Vestía un ancho pantalón de gasa azul atado a los tobillos por brazalete de oro. Sandalias azules, en las que lucían zafiros, ocultaban a.medias los desnudos pies. El busto quedaba rodeado por gasas azules y un chaleco del mismo color y tela brillante, completaba el atavío peculiar de las otomanas.

Cuando terminó Filipo Cheltado su reconocimiento de la enferma, quedóse perplejo. Parecía como si la vida latiera débilmente... y sin embargo ningún síntoma de1 enfermedad había en la que continuaba inerte e inexpresivos los ojos.

Recordó de pronto el veneciano, que el Osmán había dicho que la denominada Princesa Azul era de su raza.

—¿Podéis oírme? —habló en italiano, sentándote junto a la yacente, y silabeando en italiano cercanos los labios al oído femenino.

Continuó ella en silencio, inmóvil; por la tenue respiración que se percibía entre los rojos labios, apenas denotaba que vivía.

—Soy veneciano. Me llamo Filipo Cheltaldo, y sanaréis. No estáis afectada por herida ni lesión alguna. Vuestro pulso es normal. Hablad; os lo suplico, hablad. Me estáis oyendo perfectamente. Vuestros párpados se contraen. Contestad, y decidme quién sois y qué molestias sentís...

La enigmática blanca continuó inmóvil, abiertos los ojos azules y desmadejada, lacios los miembros. Pero ahora había crispación en

sus dos manos, y su tersa frente se había contraído.

En aquel momento, Cheltaldo recordó la aparición de Yogg, el hindú, en el reducto veneciano cercano a La Canea.

Miró a su alrededor, y, seguro de estar a solas asió por los hombros a la desconocida, sacudiéndola.sin remilgos.

—Despertad, despertad —fue diciendo en letanía monótona.

Los desorbitados ojos azules, inmensos de por sí, fueron cobrando vida. Soltó el veneciano los hombros de la Princesa Azul...

—Me llamo Filipo Cheltaldo, señora. Sois joven. Apenas tendréis diecisiete años escasos. Dijo Deli Hussein que erais veneciana... Contestadme. Soy médico, señora. Habéis sido confiada a mi cuidado...

Parpadeó ella unos momentos. Pasóse la mano por la frente, y lentamente ladeó la cabeza a derecha e izquierda, examinando como en sueños los lujosos biombos, los tapices, las alfombras, las pieles, el lecho...

Por fin, con esfuerzo, fijó, sus ojos en el hombre sentado junto a ella. Vio un barbudo y rechoncho individuo de rostro poco amable, vestido a la europea, con ropas remendadas y brillantes por el rece y el mucho uso.

—¿Quién sois? —preguntó en italiano, con voz casi inaudible.

—Filipo Cheltaldo, veneciano, y, varias veces os lo he dicho ya.

—¿Corfú?.. —murmuró ella penosamente.

—¿Corfú?.. —repitió, como en eco, el veneciano—. ¿No sabéis dónde estáis? Esta es la sala donde yo cuido a los enfermos. Vos tenéis trato especial. El Osmán parece tener por vos un gran aprecio...

—¿El Osmán? —y miróse ella el cuerpo—. ¿Qué ropas son éstas?

—No aumentéis los quebraderos de cabeza que vuestra llegada me ha producido. Os trajeron los genízaros de la guardia de Deli Hussein... Tratad de recordar...

—Me llamo Leila. Vivo en Corfú... No es posible que... ¿Dónde estoy? ¿Por qué a vos, que no os conozco, os han permitido...? Pero ésta no es mi casa...

—Además de Leila tendréis otro nombre. Dijo Deli Hussein que vos erais de mi raza. En efecto, habláis mi lengua, y vuestra piel es blanca.

—¿Quién es Deli Hussein?., Dejadme recordar... Me duelen las

sienes... Siento que no hay fuerzas en mi cuerpo... Lo último que recuerdo fue... Estaba paseando por el jardín de mi casa, en Corfú... De pronto... ¡Sí!... Recuerdo. He pronto, vi a un hombre... No sé- describirlo... Me miraba. Unos ojos malos, perversos, fijos en mí... Sólo recuerdo eso. Unos ojos como nunca otros vi... Ya no recuerdo más... ¡Por favor! Tengo miedo. Quiero volver a mi casa...

Puerilmente asustada, con balbuceos infantiles, tendió ella los brazos en ademán suplicante. Pero cayeron a sus costados, inertes...

Filipo Cheltaldo respiró —aliviado. No sufriría las torturas prometidas por et Osmán.

—Descansad, Leila. Nada malo os pasará... ni a mí tampoco. El Osmán me dijo que de vuestra vida dependía la mía. Estáis perfectamente. Tan sólo debilitada, porque habéis estado en trance,

—¿En trance?

—Tenéis que dormir para recobrar fuerzas. Hablaré sin cesar. Vos rió me interrumpáis. Mis palabras ahuyentarán el maleficio de Yogg, el hindú. Para vos, una niña desconocedora de ciertos misterios en los que la misma ciencia se extravía al intentar hallarles explicación, todo os parecerá absurdo, y, sin embargo, es realidad, porque estáis aquí, demostrándolo, y porque yo presencié el poder de Yogg, el hindú.



—Me llamo Leila. Vivo en Corfú...

Con ademanes de rutina profesional, el cirujano cubrió el cuerpo de la misteriosa. Leila con finas pieles. Ella escuchaba ávidamente.

—Tiempo hace que no hablaba con persona de mi lengua y raza, Leila. Temía envejecer y morir cansado de otomanos enfermos. Soy cautivo de Deli Hussein, que no me hizo torturar porque supo que era médico. Fui el cirujano de los soldados del capitán Melchior Avanzo. Todos ellos perecieron en un reducto cercano a La Canea, la segunda ciudad de esta isla de Candía... No habléis, Leila. Quiero que durmáis, y también que comprendáis lo que os ha sucedido. De Corfú os han traído aquí. ¿Para qué? Lo sabréis pronto... No temáis. Deli Hussein no quiere a la mujer. No debéis, pues, temer nada. Os llama la Princesa Azul. También sabréis por qué. Ahora, escuchad. Os contaré lo que sucedió en el reducto días antes de que sucumbieran todos sus defensores, aplastados por los genízaros de Deli Hussein.

Siempre indiferente, el veneciano iba acariciando la frente levemente febril de la que tenía plasmado en el rostro un estupor incrédulo, como si no diera crédito a lo que oía ni a la realidad de lo que la rodeaba.

Filipo Cheltaldo, entrecerrados los párpados, recordó:

—Los oficiales y yo residíamos en un aposento, protegido por un cuadro de muros. Al amparo de estos muros, comíamos y dormíamos, mientras al exterior los soldados montaban la guardia y rechazaban los ataques de los turcos, que ceda vez acudían en mayor número. El capitán Avanzo y sus oficiales me abandonaban durante los ataques, y yo atendía a los heridos. Una mañana en que no había lucha, entraron con aspecto de preocupación Melchior Avanzo y su teniente Hettore Manfrini. Les pregunté qué nueva contrariedad ocurría.

—Algo muy lamentable-replicó Avanzo-y que puede sembrar mal ejemplo entre mis soldados. El centinela Bertucci, que estaba de vigilancia en el ángulo norte del reducto, ha sido hallado muerto esta mañana.

—¿Los turcos? —pregunté yo.

—No. Eso sería normal. Bertucci se había suicidado. Su diestra estaba aún crispada alrededor del mango de una daga, su propia daga, cuya hoja le atravesaba el corazón.

—Y eso nos desconcierta-dijo el teniente Manfrini —, porque Bertucci, rodeado, como todos nosotros, por peligros continuos, era el muchacho más animoso y jovial que nunca tuve a mis órdenes. No sufría de nostalgias ni de temores. Na tenía preocupaciones ni vicios. Era un excelente militar.

—Puede ser —diagnostiqué yo-que este suicidio sea causado por un delirio repentino en forma de arrebato febril.

—¡Imposible! —me rebatió Avanzo—. Esta isla es de clima sano. Es un suicidio misterioso. ¡Pobre muchacho!

Filipo Cheltaldo miró a la postrada, pero ella no dormís, sino que le escuchaba quizá impaciente, pero sin fuerza para hablar y rogarle que le explicara la humana razón por la que sus últimos pensamientos se remontaban a. una isla de Corfú, donde vivía mimada por dos mujeres venecianas; huérfana, pero rica y feliz.

—Después del suicidio del soldado Bertucci —siguió hablando el veneciano—, continuó la vida habitual, monótona y pesada.

Cercados, y sabiendo que sería difícil romper el asedio. Pero así vivíamos desde hacía meses. Por la noche, dormía yo, cuando un soldado vino a despertarme, diciéndome que el capitán y el teniente, estaban en el puesto avanzado de guardia, donde acababan de encontrar otro centinela que se había suicidado. Y no cabía duda alguna. El soldado Tartaglia había puesto fin a sus días disparándose un pistoletazo en la sien. El ruido de la detonación había sembrado la alarma. La muerte había sido instantánea al atravesar el proyectil las dos sienes, y la pistola disparada esa la del soldado Tartaglia.

—Yo no puedo admitir la idea de que mis soldados-dijo el capitán Avanzo —sean cobardes que se suiciden. Son bravos, y no es su primera campaña. También Tartaglia era uno de mis mejores.

—Este segundo suicidio —argumenté yo-puede explicarse por ese sentimiento de soledad que experimentan los centinelas avanzados que quedan solos y privados de la cercana compañía de sus semejantes. Se aumenta en ellos el temor latente, e instintivamente sienten un pánico que les impide reflexionar.

—Ya pensé en ello-me dijo Avanzo, que era un pundonoroso e inteligente militar —. Pero llevamos ya meses aquí. Esto no es un desierto. Tanto Bertucci como Tartaglia eran sanos y fuertes. Sabían que a pocos pasos, en el reducto, había compañeros suyos. Estos suicidios son inexplicables.

—Pensemos, entonces, en una causa exterior-dije yo —. Una causa que lea sugiere peligro inmediato, una amenaza, una angustia invencible e indominable producida— por una visión, una aparición, ¡qué sé yo!... Algo terrorífico.

Filipo Cheltaldo narraba los hechos como si los reviviera.

—No os impacientéis, Leila. Quiero que durmáis. Abreviaré. Elaboramos muchas hipótesis, sin ponernos de acuerdo, y por fin el teniente Manfrini decidió que, puesto que Bertucci y Tartaglia habían muerto en un mismo sitio, a la noche siguiente el ocuparía el mismo lugar. Joven yválleme, negóse a que le acompañáramos, insistió en que debía aparentar ser un soldado centinela el que allí estuviera. El capitán Avanzo pareció consentir, pero a mí me dijo que apenas Manfrini ocupara el puesto del centinela, en el lugar del doble suicidio, nosotros, agazapados, acecharíamos. Así lo hicimos. Disimulados tras un muro cercano, no perdíamos de vista al

teniente, que paseábase canturreando en voz baja, pero atento a todo. Pasaron las horas. A pesar mío, empezaba yo a dormitar, cuando desperté bruscamente. El capitán acababa de darme un codazo. Miré hacia donde se bailaba Manfrini. Parecía inmóvil, pero, examinándolo mejor, me di cuenta de que oscilaba hacia delante y hacia atrás, sin que sus pies se moviesen, como un árbol acudido por el viento... Ya no canturreaba... Tenía la cabeza inclinada, los ojos fijos ante el...

La yacente crispó una de sus manos alrededor del antebrazo del médico. Fue una débil presión y también débil fue la voz con que intentó exclamar:

—¡Yo también...!

—Callad, Leila... Iréis comprendiendo el porqué de esta narración. Volvamos al reducto. Obedeciendo a una señal del capitán, me arrastré como él hasta el extremo del muro. Y vi algo extraordinario. Cerca del sitio donde estaba Manfrini, había un hombre. Un ser extraño, acurrucado, viejo, de raza lejana... Un hindú. Era un viejo de larga y rala barba gris, de rostro demacrado. Se le distinguía con las dos manos en el suelo, y clavaba perfectamente en la límpida noche. Apoyó en el teniente Manfrini el doble rayo luminoso de sus ojos fosforescentes. Su boca se movía sin emitir sonido alguno...

—¡Era... era el hombre que vi!... ¡Lo recuerdo!,,, ¡Es lo último que vi de Corfú!...

—Aquietaos, calma; recostad los hombros en las almohadas. Como os decía, la boca del viejo se movía al igual que su barba. Parecía como si repitiera incansablemente una orden muda, un silencioso e imperativo mandato. El teniente Manfrini no desviaba la vista, ni manifestaba temor ni sorpresa. Convertido en un rígido autómata, vacilaba, en forma impresionante... El viejo levantó lentamente una mano, fingiendo que cogía algo de su desnuda cintura. Dócilmente, el teniente Manfrini imitó su gesto; desenfundó la pistola, y fue elevándola hasta su sien... El capitán Avanzo saltó y asióle desesperadamente al brazo del teniente, forcejeando para arrancarle la pistola, lo cual logró. Yo me abalancé hacia el viejo, pero de pronto me quedé inmóvil... Los ojos perversos, malos, que vos habéis citado, me fascinaban... Como la serpiente astuta en los pajarillos...

Y Yogg, el hindú, pudo huir.,. Ese mismo día los turcos invadieron el reducto. Yo caí preso... Y cuando aparecí ante Dell Hussein, vi tras él a Yogg, el hindú. Quizá no lo comprendáis, Leila, porque los hombres de ciencia lo niegan, y yo mismo también lo negaba. Pero la India tiene hombres así. Santones que poseen extraños poderes. Se apoderan de la voluntad de aquellos a quienes fascinan coa la mirada. Los convierten en seres inertes, obedientes a la menor indicación. No son palabras, sino reflejos de sus masas cerebrales que dominan las reacciones del ser sometido a su influencia. Arcanos indescifrables, los mismos por los cuales, según narran viajeros, les permiten hacer germinar semillas en un momento, izarse cuerdas rectas soportando en lo alto a un niño, y hacer desaparecer el todo a la vista... Como a los soldados Bertucci y Tartaglia, como al teniente Manfrini y a mí, Yogg, el hindú, os ha fascinado... Creo adivinar lo sucedido. Por una razón que ignoro, Dell Hussein, que os llama la Princesa Azul, necesitaba.que vinierais aquí... Yogg, que debió adquirir cerca de él una gran influencia, dada la superstición otomana, os trajo. Pero continuamente sometida a su fascinación, vinisteis tan debilitada, que os encomendaron a mi cuidado...

Agotada por el cansancio y su propia desesperación, la que había sido arrebatada de Corfú por el hipnotizador hindú cerró los oíos, durmiendo pesadamente, Filipo Cheltaldo, maquinalmente, siguió hablando:

—Es un poder irresistible el hombre más fuerte del universo, el más acostumbrado al mando, sería vencido por el poder de los ojos de Yogg, el santón de lejanas tierras salvajes. Emana de sus ojos una fascinación sobrenatural que paraliza las reacciones. Vos le seguisteis porque así lo quiso él. Igualmente le hubierais obedecido si os hubiese ordenado que os dierais muerte.

Miró de pronto Cheltaldo a la durmiente, y sonrió.

—Dormid, Princesa Azul. Mañana despertaréis completamente reposada, y yo seguiré mi tranquila vida de cautivo resignado, casi feliz por haber evitado las torturas de Deli Hussein. ¿Por qué os llama la Princesa Azul y para qué os quiere?

Se puso en pie y abandonó la estancia donde ya la que decía llamarse Leila, nombre extraño para una veneciana residente en Corfú, dormía profundamente.

Meditaba Cheltaldo en que la explicación más natural fallaba en el caso presente. Deli Hussein, viejo y ajeno por completo a la atracción femenina, no podía haber ordenado el rapto para aumentar el número de las que en el harén.permanecían por afán de ostentación del Osmán, que no entraba en las habitaciones del palacete donde vegetaban las cautivas circasianas, griegas y cretense».

¿Princesa Azul? Filipo Cheltaldo abandonó pronto el seguir pensando en aquel enigma.

Al día siguiente, y cuando aun dormía la vestida de gasas azules, ya el cirujano había mandado aviso de que la cristiana estaba totalmente recuperada.

Varios jenízaros llegaron, y en andas se llevaron a la que, asustada, cesó de gritar cando vio en el umbral de la sala la figura hierática e inmóvil de Yogg, el santón.

Pasaron días y días, y Filipo Cheltaldo no volvió a saber nada de la que por tan breve espacio de tiempo había sido su confidente y enferma. Egoístamente, y también porque le era imposible enterarse, dejó de pensar en la Princesa Azul.

Capítulo IV

Las dos pastoras y el mercader griego

El viento, que había permanecido en absoluto reposo durante toda la noche, Comenzó a agitarse cercano el amanecer.

Lanzó después sonidos lastimeros, que la superficie del mar aumentaba pavorosamente. Eran quejidos como si anticipadamente se arrepintiera de los desastres que su furia desencadenada iba a ocasionar.

Los sonidos no tardaron en transformarse en rugidos espantosos, repetidos por la furia característica de las tormentas marítimas. Era un huracán acompañado de borrasca, lluvia y granizo, que se estrellaba violentamente contra las rocas de los acantilados.

Una frágil embarcación tripulada por dos hombres pugnaba por salir indemne de su desigual lucha contra el vendaval y la fragorosa, tormenta.

Las aguas del interior de la tierra cercana al lugar donde se hallaba pugnando con las olas la barquichuela, convertíanse en torrentes, extendiéndose y formando lagunas, agitadas por el viento.

Un espantoso desorden reinaba en la Naturaleza; los elementos enloquecidos ahuyentaban a los lobos hacía las montabas y la aves de los acantilados graznaban revoloteando arrastradas por «1 huracán.

Los dos tripulantes de la lancha empleaban todas sus fuerzas aunadas para lograr dar rumbo a la lancha que amenazaba estrellarse contra las rocas.

Efectuaban hábiles maniobras para prevenir los golpes estruendosos de las olas que en montañas y simas subían y hundíanse, creando tan pronto altos muros como hondos abismos.

Pero se percibía que aquel desigual cómbate de dos hombres

perdidos en un madero flotante sobre el mar embravecido no podía persistir largo tiempo.

Como si la base del blanco acantilado ejerciera una taimada succión, la lancha dirigíase lenta pero inexorablemente hacia las rocas.

Un gran penacho de espuma pareció surgir del fondo del mar. y como mano abierta y húmeda asió por la carena a la ¡ancha, alzándola en vilo y disponiéndose a arrojarla contra las rocas.

Quebróse el único palo de la embarcación, que empezó a dar vueltas impulsada por el torbellino espumeante...

Dos nuevas simas se abrieron consecutivamente ante la lancha que velozmente lanzábase girando hacia el acantilado.

Poco después, la resaca arrojaba en la playa maderos destrozados de lo que antes era una lancha...

* * *

Hermes Argopoulos, el errante buhonero griego, descargaba repetidos golpes en la puerta de la vieja y sólida casa construida con leños ensamblados.

Impaciente, llamaba al mismo tiempo a grandes voces, mientras que los truenos y relámpagos se sucedían con una rapidez espantosa.

Los vientos enfurecidos soplaban en direcciones opuestas y la lluvia torrencial había empapado completamente las ropas del buhonero, que trataba de sujetar contra sus hombros las correas del hato donde llevaba sus mercancías.

Sabía sobradamente que las hermanas Myria y Terka no le negaban nunca el derecho de asilo en sus frecuentes viajes, y menos con motivo de una tan cruel e implacable tempestad.

Era tentador el vaho de calidez que surgía por la rendija inferior de la puerta: evocaba la piel lustrosa de los carneros...

Arreció Hermes Argopoulos en sus gritos y golpes contra los maderos, y por fin entreabrióse la puerta.

—Yo, Hermes-gritó el buhonero.

La puerta acabó de abrirse y entró precipitadamente el griego en la casona establo de las hermanas pastoras, cerrando tras él la puerta.

El grato calor de animales acurrucados y esparcidos junto a la entrada del caserón de la cima del acantilado hizo sonreír al viejo

buhonero, mientras se acercaba a la gran chimenea donde ardían leños.

Rustica era la morada solitaria, pero al aterido caminante antojósele palacio dotado de iodos los lujos.

Sentóse junto al fuego, y, ante él, Myria depositó el pan de centeno, la leche recién ordeñada, queso y un gran tazón con licor de hierbas.

—Que muchos años tu vida se prolongue, venerable-dijeron a la vez ambas hermanas.

El rostro del viejo griego era un compendio de sabiduría adquirida por experiencias sucesivas en dilatada vida. Había luz socarrona en sus ojillos brillantes. La piel era curtida y cubierta de blancos cabellos. Barba, bigotes y cabellos mezclábanse, impidiendo adivinar dónde empezaban los unos y terminaban los otros.

Pero ahora había sincero afecto en su mirada, mientras comía y bebía con manifiesta complacencia.

Pieles de lobo y de carnero obraban de tapices y alfombras en — aquella vasta sala que era establo, comedor y sala de estar.

Sólo estaba dividida en dos compartimientos: aquel en que se hallaban los tres seres humanos y el ganado, y otra sala donde dormían las dos pastoras.

Siguió comiendo en silencio Hermes Argopoulos, que, dotado de sentido artístico y admirador ferviente de la Naturaleza, nunca se cansaba de contemplar a las dos huérfanas.

Myria tenía un talle noble y majestuoso, y asemejábase a la madre difunta, que Hermes había conocido. Tenía ojos pardos, cabello negro y cejas perfectamente dibujadas.

Costumbre de la región imponía a las pastoras el ir siempre con un, tupido velo echado encima de los cabellos cuando salían al campo. Cubrían con él sus rostros para impedir la quemazón del sol o la mordedura del frío, según las estaciones.

Y, como siempre, cuando terminó el yantar, Hermes Argopoulos dio solaz a su temperamento poético.

Sentado encima de sus piernas cruzadas sobre una piel de lobo, desgranó de nuevo el rosario de bus sinceras alabanzas:

—Tus mejillas son tan delicadamente rosadas, Myria, que las azucenas del monte te envidian cuando pasas por entre ellas-fue diciendo en el dialecto, de desinencias griegas —. Pero el pálido

color de la flor revela estado enfermizo y a ti, por el contrario, la Naturaleza te ha dotado de una salud esplendorosa.

—Siempre fuiste halagador, venerable —contestó seriamente Myria.

Su hermana Terka peinaba con los dedos los rizos rebeldes de un corderillo, que, tendido encima de sus rodillas, le dejaba hacer, emitiendo de vez en cuando un balido de honda satisfacción.

Hermes Argopoulos, para un observador perspicaz, hubiera demostrado que tenía algo que revelar. Pero el viejo griego era lento, y nunca se apresuraba...

—Tus, facciones, Myria, indican a primera vista un carácter elevado y reflexivo. Pero eres estatua de mármol. Cuando alguna vez te he relatado las injusticias, persecuciones e infortunios que sufren nuestros hermanos de raza bajo el dominio otomano, la sangre ha enrojecido tus mejillas, descubriendo el ardor de tus sentimientos, a pesar de que aparentemente eres de reservado y frío carácter. Pero tus facciones están empañadas de melancolía, Myria.., ¿Sigues aún pensando en el español?

—No podemos evitarlo, venerable —intervino Terka, sonriendo con cierta tristeza.

—La gracia de vuestros movimientos iguales, la serenidad de tus ojos, Myria, la dulzura de vuestra voz, os hace ser las Princesas Azules de la leyenda del otomano. Les dos sois amables e inocentes, y sois de una esfera más elevada, más pura, que la que a dos pastoras parecería corresponder. Comprendo muy bien que el español que aquí se escondió varios meses huyendo del cautiverio turco, se prendara de vosotras dos, y no supiera a cuál elegir.

—¿Por qué hablas del español, que murió, venerable? —inquirió Terka, sin dejar de acariciar al corderillo.

—Noto un velado reproche. Me llamas indiscreto, por remover pena antigua. Ya sé que le queríais. Era apuesto, dicharachero y alegre. Aprendisteis pronto su lengua... Gracias a mí, que os servía de mediador. Mis muchos viajes me hicieron saber de muchas lenguas...

Los malvados otomanos le mataron, venerable-dijo Myria, atizando el fuego con gestos armónicos.

Vestían ambas amplias túnicas y sandalias. Era la ropa con que, sin saberlo, remedaban a las elegantes de las ciudades, al trocarla,

después de entrar el ganado, por las pieles y las botas con que andaban por el campo y los montes.

—El quiso ver si encontraba barca con que huir y llevarse a una de nosotras por esposa, venerable-dijo Terka.

Kermes Argopoulos la miró benévolo. Quizá Terka era menos impresionantemente bella que su hermana. Sus caballos crespos eran de ese color rubio pálido al que la luz presta resplandores de cobre claro.

—Tus ojos, tu boca, Terka, la encantadora igualdad de tus nacarados dientes, la frescura de tu tez de blancura de nieve... Semejas un hada, Terka...

—Así me hablaba el español, venerable-dijo ella, ruborosa.

—Viejos y arrugados como yo, jóvenes y fuertes como él, todos ante vosotras saben de pronto lo que es la belleza pura.

Fuera, la tormenta seguía rugiendo pero dentro todo era paz y grata tibieza.

—Tus formas semejan las de un hada, Terka. Tu fino talle y tu andar son graciosos. He visto corzas que tenían menos alada ingravidez en sus pasos. Y al español le gustaban tus ojos, Terka.

—Decía que mis ojos contemplaban placenteros cuanto se les ponía delante —recitó ella evocadora—. Que eran vivo reflejo de alegría y candor. Y también decía que ambas éramos las dulces afecciones de su corazón, sin saber a cual de ¡as dos elegir por esposa...

—Siempre pensé que en trance de decidirse, el cautivo no habría podido. Casi fue preferible que los otomanos le mataran.

—¡Na digas eso, venerable! —exclamó Myria.

El viejo griego la miró de soslayo.

—¿Qué habrías hecho, Myria, si el español, hubiera elegido á Terka por esposa? Porque tú le amabas; inocentemente, sin darte cuenta, pero le amabas. ¿Qué habrías hecho?

—Morir —dijo escuetamente Myria.

Aquel laconismo no extrañó al anciano ni a Terka, que siguió peinando al corderino.

—¿Y tú, Terka? ¿Qué habrías hecho si el español hubiera elegido a Myria por esposa?

—Morir-dijo dulcemente la interpelada.

Lo dije con naturalidad, sin acento declamatorio, como si nada

hubiera de estoico ni espartano en su declaración.

—Eso es lo que temía-comentó el viejo —. Separadas no podríais vivir, y como siempre huís cuando algún otomano se aproxima, hasta ahora habéis permanecido tranquilamente aisladas. Pero si para vuestras vidas eso supone suerte, para vuestros corazones supone peligro. Imaginad por unos instantes que afuera rugiera la tormenta.

Rió1 Terka, diciendo alegremente;

—Viniste muy mojado y cansado, venerable. No era imaginación la tormenta que brama desde el amanecer.

—El venerable debe hablar como habla, hermana, y no somos quien para enmendarle. Es hombre sabio, que mucho ha vivido-dijo sentenciosamente Myria, levándose y yendo a sentarse junto a su hermana, que, dejando en el suelo al nudillo, apoyó su rubia cabeza en el hombro de Myria.

Hermes Argopoulos arañábase el rostro. Era su manera de peinarse la gran abundancia capilar que le cubría la piel aterida por mil intemperies bajo muchos días.

Imaginad que cuando hacia acá venía, vi en el mar una lancha debatiéndose contra el temporal. Había en ella dos hombres.

—¡Pobres! —exclamó Myria—. ¿Perecieron, venerable?

—Uno, era robusto, joven. El otro, más viejo y de mal ver. Saltaron al mar cuando la lancha iba a estrellarse contra las afiladas roces. Zarandeados brutalmente por el oleaje, quedaron exánimes cuando pisaron tierra.

—Debemos ir a prestarles auxilio-dijo Myria, poniéndose en pie.

—Aguarda, Myria-atajó el griego —. Vivís tranquilas. ¿Para qué ir a buscar un peligro?

—Nuestros padres, y después tú, venerable, nos inculcasteis la lectura de un Libro Santo, donde se decía que hay que dar amparo al mísero perdido y sin hogar.

—Son españoles-dijo lacónicamente el griego.

Ambas hermanas, en pie, miráronse entre sí temerosamente.

—¿Cómo sabes que son españoles, venerable? Dijiste que estaban exánimes.

—Uno de ellos delira. Habla español. No entiendo algunas cosas de las que dice, pero otras sí,

—La tormenta puede devolverlos al mar y perecerán, venerable.

—No os preocupéis por ellos. Yo no debería haber hecho lo que hice. Pero odio como vosotras a los turcos que asolan nuestra comarca, y si ellos apresan a esos dos españoles les torturarán.

—La lluvia aterirá sus miembros y perecerán, venerable.

Levantóse el anciano griego. Sonreía ton expresión fatalista.

—Sea lo que el Libro quiera. Si calor hallaron aquí mis miembros en mis viajes calor deben hallar ellos. A rastras los traje por e1 sendero hasta e1 cobertizo. Allí están.

Corrieron ambas a la puerta, efectuando dos viajes. Al término de tus salidas, atizó el fuego, tendidos sobre la pieles, dos chorreantes Individuos quedaros baca arriba.

Uno de ellos rezongaba constantemente, pero algunas de las palabras que pronunciaba eran totalmente incomprensibles tanto para las dos hermanas, pese a que hablaban perfectamente el español, como para el viejo griego, experto lingüista.

—…¡Zumba y dale!… —mascullaba uno de los dos náufragos—. Agua… agua… ¿Por qué… no habrá mares de vino?

Expertamente, Mermes Argopoulos frotaba alternativamente el pecho y las sienes de los dos náufragos con licor de hierbas.

—…Vinimos a por brevas y nos van a dar castaña las rocas, andaluz… —seguía mascullando el pelirrojo inconscientemente.

—¿Español todo, venerable? —preguntó Terka Ingenuamente,

—Sí. Pero hay palabras que deben ser dialectales y que no consigo comprender. Tampoco comprendo qué harían por esos parajes, solos y en barca tan ligera.

“Piernas Largas”, el otro náufrago, escupía y gruñía, revolviéndose de vez en cuando.

Enderezóse Hermes e hizo una señal, colocando su índice encima de sus propios labios. Atrajo hacia sí a las dos hermanas, y con ellas pasó al aposento vecino, dejando caer las tupidas pieles que formaban a guisa de puerta.

—Dentro de unos instantes se repondrán. Dejadme que los estudie. Las reacciones de dos hombres pueden decirme si son peligro o no para vosotras. Yo debo partir al amanecer… No quiero qua os quedéis solas con dos marinos, a juzgar por las trazas. Primero apareceréis vosotras. Yo escucharé. Después, cuando yo tosa, vendréis aquí, y yo hablaré con ellos.

* * *

Diego Lucientes entreabrió los ojos. El resplandor de las llamas le hozo pestañear...

—¡Repámpanos! Perico Botero ¿do andas? ¿Avernos tenemos ya?

Cerró de nuevo los ojos, pero los abrió al oír la voz d “Piernas Largas”, que, tendido como él, masculló:

—Estoy molido, señor Lucientes. Ni con pinchos en las pasaderas, me levantaba.

—¿Pinchos? ¿Te dieron ya con las horquillas los demoncetes?

Un corderillo, atraído por el vaho salino que iba desprendiéndose de los cuerpos tendidos al evaporarse el agua a causa del calor, fue a lamer el cuello de Diego Lucientes, que gruñó:

—¡Aparta, lenguazas! ¿Qué demontres es eso? Estábamos cubiertos de olas, cercanos ya a la meta, que macho no dista Arkypa... y ahora un fuego de leños, calorcillo, corderos... ¡Angeles!

Su última exclamación iba dirigida a la presencia de las dos hermanas que acababan de entrar y, enlazadas por el talle, fueron a sentarse ante los dos hombres tendidos.

Con esfuerzo, logró Lucientes sentarse, resbalando hasta adosar sus hombros contra el arco de la rústica chimenea.

“Piernas Largas” le Imitó, haciendo lo mismo en el otro remate. Ambos miraban sorprendidos a Myria y Terka...

—No son turcas, chiclanero-dijo el madrileño, hablando por la comisura de los labios —. Parecen griegas escapadas de un grabado, como las que vi en libracos indigestos que hablaban de Ulises... Ahora me duele no haber querido entendérmelas con el alfabeto griego... ¡Sarta de piropos que iban a oír, por hermosas y angelicales! Míralas qué preciosas, chiclanero. ¿No te inspiran deseos de arrancarte por coplas de esas limpias que huelen a espliego y a romero?

“Piernas Largas” rezongó huraño:

—Recuerda, señor Lucientes, que todos tus líos arrancaron no por coplas inocentes, sino por piropos.

¡ —No nos entienden, criticón. Puedo saciarme. Este despertar ha sido magnífico. Después de tanta ola de mal sabor, estas dos sirenas terrestres me devuelven la alegría de vivir.

Myria y Terka, obedeciendo las instrucciones del viejo griego, guardaban silencio. Algunas de las palabras no las entendían...

Diego Lucientes avanzó sus dos manos en gesto de excusa. Sonreía amablemente.

—Cuánto lo siento, hermosas pastoras. Digo pastoras por los corderos, y digo que lo siento, porque os quisiera decir que mil naufragios quisiera si la vida me la devolvieran bellas como vosotras...

—Señor Lucientes... —murmuró "Piernas Largas"—. Cuando ya el calor nos haya devuelto la elasticidad de las carnes, ahuecaremos si no mandas otra cosa.

—¿Temes que me enamorisque? No lo temas... porque ya lo estoy. No sé cuál de las dos es más atractiva. La más alta tiene porte de reina. La más frágil, tiene risa en los ojos, dulzura en lo» labios y...

—Señor Lucientes... Vinimos a por tres barcos..., —recuérdalo; tres barcos que hemos de hundir, aunque el pellejo dejemos. Pero no viniste a florear piropos...

—¿Qué más da? Callados o hablando, el caso es que el calor nos dé fuerzas. Ellas nos han salvado. Dos pastoras que me hacen sentir deseos de balar y ponerme a triscar hierba, con tal de que ellas sean las que me peinen los rizos.

Tocóse Lucientes la parte izquierda del pecho, e inclinando la cabeza sonrió. Después enlazó las dos manos, siempre sonriente.

—Les doy las gracias. Supongo qua me comprenderán. ¡Repámpanos! Triste cosa es que en el mundo entero no te hable la misma parla.

—No es preciso que te entiendan ni las entiendas, señor Lucientes. Recuerda que vinimos rumbo a Arkypa.

—Ya sé, ya sé, nodrizón. No creas que lo he olvidado. Juré y cumpliré. Pero, entretanto, si como me huelo tenemos qua perder la vida en naves turcas, bueno es que me despida saturando la vista de tanta belleza. Bien sabes que las mujeres me gustan más que el vino, y el mosto, me gusta más que el pan con cerne.

—Recuerda que el jefe advirtió, señor Lucientes, que no te distrajeras mirando a ninguna mujer...

—Siempre me pareciste un gran majadero, Curro Montoya. ¿No crees que el hidalgo Lezama haría lo mismo en caso parecido? El temporal nos zarandeó. Es tamos exhaustos. Estas dos hermosas ni saben nuestra lengua ni nos entienden Se las ve pastoras y nos

escuchan atentamente, creyendo sin duda alguna que estamos rezando en nuestra parla. ¡Oye! Esto es lo que inspiran. Deseos de rezar dando gracias a Madre Naturaleza, que crea tan geniales obras.

—Tengo sed. Bebería un trago-atajó “Piernas Largas”.

—¡Prosaico bípedo animalesco! —sonrió Lucientes—. Me elevo en poesía y me haces descender recordándome tu estómago..., y el mío. El agua salada que hemos bebido sed me ha dado...

Resonó una tos forzada. Simultáneamente, las dos hermanas se levantaron y, volviendo la espalda, se alejaron hasta desaparecer tras la cortina de pieles que Actuaba de puerta y separación de los dos aposentos.

—¡Se van! —exclamó Lucientes contrariado.

—Buen viaje tengan-aprobó “Piernas Largas”, complacido.

—¡Repámpanos! ¿Será ese el padre de las criaturas? —y Lucientes, con el mentón, señaló hacia Hermes Argopoulos, que fue a sentarse en cuclillas ante él.

Diego Lucientes se tocó el corazón, inclinó la cabeza, y después, estrechando entre sí sus dos manos, la de hierro y la normal, repitió sus ademanes de cordial agradecimiento.

Hermes Argopoulos, hierático y solemne, mantuvo silencio.

Encogióse de hombros el madrileño, y rizando una mano, remedó el gesto del que asesta un frasco hacia su boca abierta.

—Sed, barbudo anciano generoso. Sed. ¿No me comprendes? Sed...

Alargó el griego el brazo y tendió un jarro de leche. El madrileño bebió, ofreciendo después el jarro a “Piernas Largas”.

—Líquido vital y enérgico, andaluz. Pero hubiese preferido vino de tu tierra. En fin, no seamos pedigüeños, que bastante suerte hemos tenido con que nos reciba este pastor y sus hijas, en vez de turcos feroces con mazas y pinchos.

“Piernas Largas” secóse la boca con el dorso de la mano y dejó el jarro vacío ante el anciano.

Hermes recogió dos pieles, que arrojó respectivamente a uno y otro de los dos sentados contra el arco de la chimenea.

—Caritativo viejo, ¿eh? —comentó Lucientes—. Nos quiere ver arropados. Mi camisa empieza a secarse y tu pellejo estará mejor sin piel ajena. Le dará mejor el calor. Pero para darle gusto al buen

viejo, pongámonos estas pieles sobre las piernas. Están más lejos del fuego que nuestras espaldas y agradecerán mejor el suave contacto... Siento que no me comprendas, buen anciano. Estamos muy reconocidos a vuestro trato. Al fin y al cabo somos de otra tierra. Eres imagen de la hospitalidad, pero más me gustaban tus dos hijas.

—Prefiero al viejo, señor Lucientes. No es peligroso. Ellas sí, porque son, mujeres, y a por barcos vinimos.

—Resulta gracioso eso, Curro Montoya. Ellas y él se sientan, nos miran, se callan... Debemos parecerles pájaros raros. Todo depende siempre del cristal a través del cual se mira. Por cierto que deberíamos quedarnos aquí hasta que amaneciera.

—Mejor será, irnos, señor Lucientes, si no mandas otra cosa. Tenemos que orientarnos y dar con Arkypa y su puerto.

—Fuera relampaguea, llueve, caen granizos como huevos de gallina gorda, hay viento... Nos perderíamos... ¿Cómo repámpanos podría yo hacer comprender a este buen viejo que nos convendría quedarnos aquí hasta que cese el temporal?

—No nos echarán si ya nos dieron hospitalidad. El viste de pieles, señor Lucientes. Debe ser ropa usual aquí. Unas pieles como esas y podremos entrar en Arkypa sin llamar la atención. Tal como dijimos. Tú de renegado, y yo de mendigo. Cada uno elegirá un barco, y después..., los dos juntos a por el tercero. O el que quede vivo, a por el otro.

—No me hables de cosas tristes ahora, señor Montoya. Mira ese buen viejo. Tiene en sus ojos luz de inteligencia. Respira sensatez y bondad por todos los poros de sus pelos, sus pieles y sus años. Las dos pastoras también emanaban sensación de dulzura, generosidad y amor al prójimo. Bebimos leche tibia, de suave paladar. Esta es una choza cristiana, donde los amigos corderos comparten morada con los amigos pastores. Tregua a las luchas. Que reine afuera la tormenta de los elementos y la furia de los hombres. Pero no empañemos estos muros hablando de luchas. Fraternidad, reposo y calor de fuego y corazones...



—Me llamó Diego Lucientes.

—Has hablado con palabras que han llegado a mi corazón, forastero español. Tú eres hombre con fondo de bondad, si aventurera ha sido tu llegada.

Las sentenciosas frases con las que en castellano Hermes Argopoulos acababa de hablar, hicieron que Diego Lucientes, desorbitados los ojos y boquiabierto, plasmara en su rostro la más viva estupefacción.

En cuanto a “Piernas Largas”, quedóse alelado.

—No os extrañe que os hable en vuestra lengua, españoles. Soy griego y mercader ambulante. Muchas tierras recorrí desde mi juventud, porque fui inquieto y quise conocer mundo.

—Pero... ¡maldito sea yo! —exclamó Lucientes—. Entonces... ¿tú has oído cuanto he dicho? Y lo que es peor... ¡lo has entendido!

—No te alarmes, español. Estás entre amigos. Creo que odias a los turcos y yo también, porque oprimen a mis hermanos de raza los griegos de Morea. El Libro Sagrado ha querido que encontrarais refugio en choza aislada y amiga.

—Si fuera turco y tuviera malas intenciones... —empezó a decir “Piernas Largas” receloso, aproximando la diestra a un leño.

—¡Quieto! —ordenó secamente Lucientes—. No seas bruto y comprende que si ese anciano fuera turco, solo como está, con dos

muchachas indefensas, no nos habría dejado despertar sin amarrarnos. Tengo corazonada, “Piernas Largas”. Estamos aquí tan seguros como en nave que surque mares lejanos.

—Tú mandas, señor Lucientes-dijo el andaluz, separando su mano de la proximidad del leño.

—Creo en la bondad que hay en tus sagaces ojos, anciano. No es debilidad por el reciente trance. Es seguridad que tengo de que este establo limpio, esos corderos que parecen cubiertos de vellones de nieve, la nitidez de todo, no encubren maldad.

Alzó Lucientes la diestra abierta.

—¡Juro que ningún mal quiero para ti sí para tus hijas!

—¡Juro que tampoco mal alguno hallarás entre estos muros!

—Me llamo Diego Lucientes, y mi compañero de fatigas, Curro Montoya.

—Yo, Hermes Agropoulos. Por costumbre del país, como hombre que rebasa los cincuenta, me llaman “venerable”.

—Lo eres. Y por tus barbas, que muchos rufianes vi peinando blancos cabellos. Pero hay algo en ti, en este ambiente..., algo que habla de buena voluntad, limpios pensamientos, pureza.., ¿Me comprendes, venerable? Soy inconsciente a ratos, bribón también, a otros, por lo mucho que anduve, mas sé respetar la candidez de las almas buenas, mejor que el más respetuoso de los honestos, ¿Me crees, venerable?

—Doy fe a tus palabras. Hay fondo de bondad y nobleza en tu alma, Diego Lucientes.

—Para ti y tus hijas, venerable. Hacen bien en ocultarse como tímidas gacelas, pero te ¡uro que las miré y las miraré, si vuelvo a verlas, como el hombre di cualquier religión mira a sus imágenes sagradas...

—Pido venia para intervenir, señor Lucientes —dijo el andaluz —. Si el que tú llamas venerable nos oyó, tendrá sus sospechas y barruntos de aquello a lo que vinimos.

—No veo inconveniente en hablar, Curro Montoya. Contaré nuestro propósito.

—Puede ser imprudencia, señor Lucientes.

—La cometimos ya al hablar creyéndonos ante oídos ignorantes de nuestra lengua. No hay maldad en ellos. Son seres de la naturaleza, si sabes comprenderme, chiclanero. Si dice el anciano

que odia a los turcos, los odia. Entiéndeme. Es como el cordero cuando canta su dulce trova de amor al campo. No miente. No presumo de conocedor de hombres, pero puedo asegurarte que debemos dejar todo recelo. Perdona, venerable, pero esta explicación era necesaria para mi compañero. Malos ratos pasó en su vida, y es natural que de todo desconfíe.

—Su sensibilidad será menor que la tuya, que hombre culto eres, Diego. Me gusta tu forma de hablar, español. A trueque de tus confidencias que no han de perjudicarte yo te haré las mías. Quiero hablarte de mis Princesas Azules.

—¿Princesas Azules?.. ¡Ah, sí!,. Llamarás así a tus hijas. Bien lo merecen. Azul y principesco es cuanto nos recuerda los cuentos de hadas que de niños leemos. Y tus hijas son páginas arrancadas de las mejores narraciones que de chiquillo me hacían temblar de, emoción, y hoy de hombre, me hacen sentir la nostalgia del niño que fui.

—La poesía de tus palabras es viril, Diego.

—Porque siento lo que estoy diciendo, venerable. Ahora procederé a explicarte qué es lo que nos proponíamos cuando la tormenta nos hizo naufragar. Y casi veo en ello buen augurio. Tú, hablando español, siendo conocedor de esta tierra y odiando a los turcos, nos darás otra prueba de tu bondad. Nos aclararás puntos que, de otra forma, mucho habríamos tardado en averiguar.

—Cuanto pueda haré, aunque mañana, al rayar el alba debo seguir camino, porque soy esperado al otro lado del monte, opuesto al puerto de Arkypa.

—Procuraré hacerme entender, venerable. Somos hombres de mar. Yo necesitaba dotar a una hija mía de corta edad, que quedó sin madre y sin fortuna, por malos avalares. Los venecianos ofrecieron cincuenta mil ducados por cada nave turca que lográramos hundir en sus propios puertos...

—¿Dos hombres solos y pensáis poder acercaros siquiera al lugar donde anclan los navíos del maldito Orjan-Eddin?

—Fácil ha de resultar para dos hombres solos introducirse en un lugar donde no podrían entrar ejércitos.

—La parte del puerto donde anclan las tres naves maestras de Orján-Eddin, está rodeada en tierra por ramajes de espinos montañeses, que impiden el paso, y en el trecho que queda entre

esta barrera y el agua, vigilan constantemente centinelas otomanos.

—Si lográsemos mi compañero y yo acercarnos a tal barrera, ya discurriríamos medios de entrar. Los hay. Tal como apoderarse de dos centinelas y quitarles las ropas, vistiéndolas nosotros. Otras veces empleamos este recurso y bien nos salió.

—El otomano es de por sí desconfiado, porque sabe que está en tierra dominada, pero no amiga.

—Mi compañero es hábil tocador de instrumentos musicales de cuerda. Podría cantar salmodias y fingirse mendigo ciego. Así rondar el sitio que nos interesa.

—¿Y tú?

—Pensé similar que soy un renegado, evadido de galera española. Eso era cuando no veía claramente cómo desembarcar.

—Suponiendo que es muy difícil imaginar siquiera que lograrais pisar la cubierta de una de las naves de Orján-Eddin, ¿cómo lograríais el propósito de hundirla?

—La Santabárbara. Donde almacenan la pólvora y las municiones. Arrojar a ella una tea encendida bastaría.

—El que tal hiciera, saltaría con el buque.

—Hay esta posibilidad, pero también la de saltar a tiempo al agua buscando la protección del seno del mar.

Hermes Agropoulos se levantó y estuvo paseándose meditabundo. Los dos españoles le miraban en silencio.

Al fin, el griego se detuvo ante Lucientes.

—Los venecianos estarán al acecho, supongo.

—Sí, venerable.

—Por tanto el hundimiento de las naves, o el incendio de alguna de ellas los atraería.

—Eso esperan.

—Por el bien de Morea, deseoso estoy de que triunféis en vuestro proyecto. Dejadme que os aconseje. Tú, primero, hombre de largas piernas. ¿Sabrías manejar un pandero?

—¿Pandereta? ¿Caja con parche de tambor? —inquirió Curro Montoya ceñudo1—. Natural que sí. Con codos y tacones además de manos.

—¿Un oso con el hocico amarrado por correa te asustaría?

—Con correa o sin ella, veríamos quien se asustaba antes, si el oso o Curro Montoya-dijo “Piernas Largas”, convencido. —¿Pero a

qué viene eso de hablarme de la pandereta y del oso?

—Myrian y Terka saben dónde hallar quien les preste el oso amaestrado y bailarín, que salta sobre sus zarpas al oír el compás del parche. Los otomanos son muy aficionados a este espectáculo. Con el oso, podríais quizá lograr acceso a una de las naves.

—Muy bien-repuso "Piernas Largas", admirado. —Que me traigan el oso, para que se vaya dando cuenta de quién soy yo.

Hermes Agropoulos hizo un ademán conciliatorio.

—La ocasión propicia la será dentro de varios días, cuando empiecen los festejos generales.

—¿Qué festejos son esos?

—En Navidades, el hijo de Deli Hussein, Osmán de Knossos, contraerá nupcias con.la Princesa Azul. Y ha sido dada orden de que con cinco días de antelación se empiecen las ceremonias.

—¿Otra vez la Princesa Azul? —intervino Lucientes.

—Los otomanos tenían su leyenda. Decían que para dominar en tierra enemiga debía hallarse mujer pura y virgen, de raza blanca, pero cuya madre hubiera tenido amores con turco. La hallaron en la persona de una veneciana de Corfú, que vivía ignorante de quienes eran sus padres muertos.

—¿Por qué tú, venerable, llamas a tus hijas las Princesas Azules?

—No son mis hijas. Son huérfanas. Aunque conocí a sus padres, dije un día que por su arrogancia, ambas eran dignas de ser Princesas. Después, pensando en la leyenda otomana, les aconsejé que huyeran al monte siempre que por esas alturas rondaran otomanos. Quiero advertirte, Diego, que ellas son virginales y desconocen amoríos en el sentido que a esta palabra da el mundo. Son sensibles y ansían ser amadas. Pero si en otras, ni huella dejaría un amor imposible, en ellas sí. Tengo tu juramento de que ningún mal les causarás. Si aceptas mi consejo debes, permanecer aquí, hasta que en Arkypa empiecen los festejos. Entonces tu compañero, separado de ti, intentará su suerte, sirviéndole de mucho el oso y la pandereta.

—¿Y yo, venerable? ¿Para qué he de permanecer aquí? Comprendo bien que no es preciso que Curro Montoya se exponga inútilmente, vagando por tierra enemiga, cuando aquí halla refugio. Pero yo, aquí, malgastaría el tiempo.

—No, que también en ti pensé. Cuando te daba fricciones para

reanimar tus miembros, chocó mi mano con la media coraza que cubre tu pecho bajo la camisa. Vi el ingenioso artefacto con que suples tu medio antebrazo izquierdo. Los otomanos son muy supersticiosos. Si ante ellos, con abundancia de gestos y ademanes, a los que tus cabellos rojos darían más carácter, te clavaras en el corazón daga cuya hoja se quebrase contra tu coraza, ellos te considerarían un derviche dotado de poderes sobrenaturales, y al igual que tu compañero, podrías así hallar acceso a nave turca.

—No tengo inconveniente en ser derviche. Pero por más supersticiosos que sean los otomanos, si como dices, son tan desconfiados, verán que hay hierro bajo mi camisa.

—No. Porque llevarás el busto desnudo.

—¡Repámpanos! Más lo verán.

—No. Cubrirá Terka tu busto con grasa de ganso.

—Ganso sobre ganso es miel sobre hojuelas. Pero ¿de qué ha de servirme esta grasa?

—Mezclada con tierra del monte y centeno amasado, forma una capa de dureza especial y color carne, que cubrirá el hierro. Bastará que coloques en tus pies babuchas rojas, de punta retorcida, que ciñas pantalones atados a los tobillos, y lleves dagas en el cinto. Pedirás alguna a los otomanos que te contemplen que muy curiosos son. Murmurarás palabras extrañas, y quebrando las hojas contra ni corazón, ellos te creerán derviche, porque no verán el hierro de la coraza.

Magnífico consejo, venerable. Bendigo el instante en que la tormenta nos arrojó a tu vista. Seré derviche, y a bordo, pediré antorchas, fingiendo que pienso devorar las llamas. Y ¡sálvese el que pueda! Pero dime ¿no podemos acarrear perjuicio a Terka y Myria? Los turcos, si nos hallasen aquí…

—Vigilará siempre una de ellas. Desde esta altura se divisan los contornos y el puerto de Arkypa. Ellas gozosas os ayudarán, porque el único sentimiento malo que les he inculcado ha sido el odio a los otomanos. Y por eso estarán muy contentas de saber a lo que habéis venido.

—La paz sea con todos nosotros-dijo Lucientes placenteramente.

“Piernas Largas”, satisfecho de cuanto había oído, tendióse y poco después dormía.

Entraron las dos pastoras, y en compañía de Hermes Agropoulos

y Diego Lucientes, cenaron sobriamente. La mirada de Myria era recta, cuando posaba sus ojos en el pelirrojo español. Las rientes pupilas de Terka cubríanse a instantes con los párpados, al chocar contra ellas la insistente mirada admirativa de Diego Lucientes...

Hablaron mucho el español y el griego, y al amanecer partía Hermes Agropoulos, deseando toda clase de, suerte a los dos audaces expedicionarios.

Capítulo V

La leva

Los blancos y cegadores contornos de la isla de Candía estaban aún muy distantes de la lancha, velera ocupada por el Pirata Negro y “Cien Chirlos”. La travesía habíase efectuado con viento favorable, y tan sólo al tercer día de navegación, un temporal, cuyo epicentro estaba apartado, había soplado con furia, levantando oleadas que ayudaron aún más a que la frágil embarcación desarrollase su mayor velocidad.

Próximos ya al punto de destino, el Pirata Negro había decidido orzar vela por las noches, y durante el día hacerlo tan sólo si no se divisaban arboladuras de naves en paso.

Y al obscurecer del noveno día, sobre el verdor del mar percibíase ya la línea blanquecina del litoral cretense.

A fuerza de remos, “Cien Chirlos” hacía avanzar la lancha hacia la costa donde debían desembarcar.

Sentado ante él; Carlos Lezama, desnudo el hercúleo torso y ceñido el talle sin armas por el cinto del corto pantalón que dejaba libres sus piernas y pies, habló en la noche:

—Atuendo el nuestro, guapetón, que no debe llamar la atención, si como es de suponer, abundan los pescadores por el litoral:

—Sí, señor-afirmó “Cien Chirlos” remando vigorosamente.

—No hay que ser un lince para adivinar que tenemos a nuestro favor muchas ventajas. Los turcos estarán muy preparados para rechazar cualquier ataque de escuadra y de mesnadas numerosas. En cambio, se burlarían de quien les dijese que dos hombres, a pie desnudo y sin más armas que los puños y los sesos, pretenderían aniquilar dos de sus magníficas naves cada uno de ellos.

—Sí, señor.

—Celebro que seas de mi parecer. Los turcos en estos instantes se me antojan piratas de la isla de las Tortugas. Los tales se reirían si les pasara por la imaginación la idea de que dos honestos navegantes intentaran a solas y sin armas pisar suelo de la isla de los caparazones. Un estado de mentalidad que nos es propicio.

—Sí, señor-aprobó nuevamente “Cien Chirlos”, remando con fácil energía.

—Luego tenemos también a nuestro favor una enseñanza. Cuando se busca algo, se intenta hallarlo en sitios escondidos. Nunca se nos ocurrirá mirar encima de una repisa, a nuestra vista, sino qua dedicaremos atención a los escondrijos. Por tanto, si amanecemos mezclados entre pescadores, y fingimos que lo somos, no despertaremos sospechas, de momento.

—Sí, señor.

—Eres un encanto, aragonés. Si fueses mujer te perdería tanta afirmación. ¿Es que no sabes decir “no”?

—Guárdeme de ello, señor, ya que cuanto dices es de una... aplastante verdad.

—Vamos pues a por más verdades. ¿Te das cuenta del trance en que nos veremos si tomándonos por pescadores cretenses, nos interpelan hablando en el infernal lenguaje que se estile por ahí?

—Yo seré mudo, señor, como en otras ocasiones semejantes. Tú sabes muchas lenguas y para todo tienes respuesta.

—Me halaga el gran concepto que de mí tienes, bergante, pero, humildemente, confieso que también habré de ser mudo. ¿No has pensado en cómo saldremos del apuro si nos interrogan en bárbara lengua desconocida?

—Estando tú, señor, yo nunca pienso.

—Me desarma tu ingenua y filial devoción. ¡So belitre! ¿No te dieron sesera para emplearla? En fin, tienes razón, y no te compliques nunca la existencia con “la funesta manía de pensar”. Terminarías filósofo y amargado, lo cual te haría repelente. Te prefiero así: un buen pedazo de alcornoque peleón, más bruto que el que inventó el asador de manteca.

—Gracias, señor.

Rió el Pirata Negro ante el acento sincero con el que su lugarteniente le había agradecido su calificación.

—Concretemos, guapetón. Pisaremos tierra donde a la inversa

de nuestra costumbre no ladráremos antes de morder. No sé lo que allí pasará, y sobre el terreno improvisaré. Pero debe grabarse en tu mollera un extremo indiscutible: iremos juntos hasta que por causa de fuerza mayor tengamos que separarnos. Entiendo por fuerza mayor, o que uno de los dos caiga muerto o que mi plan de ataque exija que nos separemos. Como al señor Lucientes y a tu entrañable amigo el chiclanero, les dije, a ti te digo: Sitio de reunión, terminada la labor, el "Albergho Graziella" de Venecia, por espacio de un mes.

—Sí, señor.

—En secreto, te verteré una confidencia. ¿Conoces lo que es el sexto sentido?

—Un día allá en tierra panameña, señor, me lo explicaste. Este sexto sentido es algo que no pueden explicar los sabios. Una cosa que les sucede a las fieras, avisándoles del peligro. La misma cosa que les pasa a los hombres que viven en continuo peligro, y que sin poderlo explicar se dan cuenta de que hay presagios en el aire. Presagios buenos o malos, y que nada tienen que ver con supersticiones.

—Progresas, don Marcelo. Se nota que mi compañía te proporciona elocuencia. Pues, sí, mi sexto sentido, ayudado por la conciencia exacta de lo difícil de la misión que los cuatro llevamos, me advierte que uno de nosotros cuatro morirá. ¿Cuál? A tanto no llego...

—Tú no puedes perecer, señor.

—Tate... ¿Acaso bebí en la fuente de la eternidad?

—Tú estás marcado con el signo de los grandes hombres, señor. Una noche, al principio de estar yo en buenas migas con "Piernas Largas", ambos te mirábamos. Estabas en el castillete del "Aquilón"... Era de noche, y detrás de ti se formó el arco blanco, que sólo respalda a los que han de emprender con éxito grandes hazañas.

—Superstición de mar, guapetón. El arco blanco era un vulgar fenómeno atmosférico que mucho se da en el Caribe, por evaporación de las sales de los sargazos. Volvamos a lo hablado. Uno de nosotros ha de morir. Lo presiento, y quisiera equivocarme.

—Yo, señor, voy ya para viejo y... la guadaña puede ser la que esté afilándose para rebanarme la nuez.

—Tú no serás nunca viejo, “Cien Chirlos”, mientras tu alma siga tan joven y tus carnazas tan bestialmente recias. Y torpe habría yo de ser, si ambos no saliéramos con vida de nuestra visita a Knossos. ¿Qué son ellos? Turcos ensoberbecidos, tan seguros de que nadie pisará su suelo, como lo estaría cualquier piratucho de las Tortugas. Por tanto, considero que empresas más difíciles acometimos.

—Sí, señor.

—Y a la vez, tengo una corazonada, guapetón. Si de lejos se me antojó puercoespín el puerto de Knossos, ahora tengo el presentimiento de que el tal puerco ocultará sus pinchos, y hará bola de blanda carne. ¿Sabes por qué?

—Barrunto que será, señor, algo parecido a la lección que recibí siendo mocito... Pero hace mucho tiempo de ello, y no cometeré la necedad de molestarte.mi mis torpezas.

—Habla, guapetón, que estás en vena.

—Pues, verás, señor. Era yo entonces mi mozuelo descarriado...

—Tronco sin apoyo. Sigue. El camino se acorta hablando.

—Un ciego que conocía de muchas trápalas, me daba mendrugos que la buena gente aldeana le proporcionaba llenándole el zurrón. Yo le servía para llevarlo a lomos cuando se cansaba, que eran las más de las veces. Me llamaba su borrico.

—Ingrato esperpento. ¿Y qué más recuerdas?

—Un día yo robé una manzana, mientras el dormitaba tendido al fresco, cerca de un arroyuelo. Me persiguió el hortelano que me dio caza y vapuleó, prodigándome muchas palabras de insulto. Me llevó hasta el ciego, que entonces yo era mozo sin gran fuerza por el ayuno continuo, y el ciego, asiéndome por las greñas, para trabar contacto seguro, me dio varazos con su cayado. Me dijo que era horrible robar sin motivo. Y como yo un día le había visto tantear en posada, y esconder bajo su capa una hogaza, le dije que también él robaba. Me dio más palos, y me dijo que no era robo lo del pan, porque lo había hecho para dárselo a una anciana desvalida. Saqué, pues, en consecuencia, que si el fin es bueno, nada es malo.

Resopló “Cien Chirlos” en la obscuridad, más que por el esfuerzo de remar, por su esfuerzo oratorio.

El Pirata Negro rió suavemente.

—Gran moraleja, guapetón. ¿Y por qué lo relacionas con nuestra misión?

—Dijiste un día, señor, que el Azar favorece la buena intención. Y tú decidiste hundir barcos para dar dote a la hija del señor Lucientes. Por tanto el Azar ha de ayudarte.

—Acertaste. Nuestra causa es noble y el Azar estará con nosotros.

—Siempre lo estuvo, pese a peripecias, señor, porque todo cuanto emprendes y haces es noble. No halago, señor... sino que la obscuridad me da valor para hablar mucho más de lo que me permitiría de día.

—Va agrandándose por instantes la faja de tierra a la que nos dirigimos. Cerraremos el pico cuando innecesario sea añadir nuestro rumoreo al de las olas. ¿Sabes ya lo que hay que hacer en casa de que se nos acerque barco vigilante?

—Soltar, la gran coz... perdona, señor... soltar taconazos al fondo hasta desprender tabla y hundir la lancha. Y entonces nadar sumergidos para desorientar al barco vigilante.

—Bien. Por el instante no lo hay. Reserva pues tus coces, al igual que yo aguanto las mías. ¿Sabes que me interesó tu cuento vivido del ciego, moralizador? Tenía sabor de conseja popular. Es innegable que anida en ti la sana urdimbre de aldeano. Si no estuviera cierto de que nunca leíste el Quijote, afirmaría que aprendiste mucho de Sancho Panza. Era como tú, un varón dado a las cosas reales, menos cuando seguía a su amo sabedor de que le llevaba a descalabros. ¿Por qué no continuaste con el ciego si tan buenas lecciones te daba? ¿Por las palos? La letra con sangre entra, y quien bien te quiere te hará llorar.

—Es que el ciego era un tunante maldito e hipócrita, señor. Hacía la comedia de no tener luz en las pupilas, para conseguirse un borrico como yo que le aupara a lomos y pan de los aldeanos. Una noche, que se me creía dormido, y andaba yo pensando en que quería conocer el mar, me di cuenta que el muy sarnoso tenía más vista que siete gatos, porque sin usar el cayado se metió per vereda estrecha, y se encaramó a un pajar hurgando en él hasta sacar morcillas que poco después asaba y comía. Yo le había visto robarlas, y él mismo me había dicho que las ocultara en lo alto de un pajar, que ya allí iría a recogerlas la anciana desvalida. Y el muy ladrón se las zampaba...

—Tu primer desengaño, ¿no, mocetón?

—Así debía llamarse lo que sentí, señor. Lo cierto es que a la mañana siguiente, volví a cogerle a lomos y cuando pasábamos por un arroyo el tiré al agua, y eché a correr. Lo abandoné… porque era yo un mozo sin gran fuerza y él me habría vapuleado… Y ya me hice del mar.

—Bien. Esta charla, ha sido para resarcirme de la mudez que nos va a acometer desde ahora. Cía y que tus remos sean silenciosos.

Media hora después, en una caleta desierta, el Pirata Negro y “Cien Chirlos” arrastraron por la arena la lancha, hasta dejaría varada entre dos rocas.

Subieron a la cima de la colina, y desde ella, entre los árboles, vieron al fondo de la llanura un rojizo resplandor, anuncio de antorchas y seres humanos.

Desfilaron por entre la arboleda, y a medio camino, un espectáculo afirmó en su suposición al Pirata Negro.

Una lancha pesquera, varada en la playa, tenía a su babor redes tendidas, y a estribor, sus tripulantes se aprestaban a desayunar frugalmente asando en fuego de ramillas varios peces.

Vestían calzón corto, desnudo el torso y piernas. Rodeaban sus cabezas con pañuelos de distintos colores…

Tenían el saludable y broncíneo aspecto de hombres de mar, y percibíase al resplandor de la fogata que sus rasgos faciales de cretenses, podían ser también los de pescadores italianos, españoles o franceses.

La luz del amanecer iluminó la gallarda presencia de cuatro naves en la bahía de Knossos. Las cuatro naves maestras del Osmán Deli Hussein.

Distaban un centenar de metros de la playa lindante con las edificaciones. Y la ancha franja arenosa que a Este y Oeste de Knossos extendíase, tenía una característica especial.

Por ella deambulaban pescadores de atuendo parecido al del Pirata Negro y “Cien Chirlos”. Iban colocando cestas con pescado en la arena, instalando el mercadillo, al cual empezaban a acudir mujeres de ropaje pintoresco, que si bien eran cretenses, habían obedecido la orden otomana de cubrir sus rostros con el velo.

Toda la playa aparecía ocupada por los pescadores, menos un extenso rectángulo, donde uno de los lados era el mar y los otros tres, hileras de ramaje espinoso levantado en barrera.

Una barrera tras la que escudo y lanza como armas empuñadas, y sable al cinto, unas veinte genízaros de la guardia del Osmán, paseaban manifestando bien a las claras su misión: impedir que nadie entrara en el rectángulo que daba precisamente frente a las cuatro naves ancladas a un centenar de metros.

Imitando la actitud de los que por no haber pescado o haber declinado en otros la labor de vender, permanecían ociosos, el Pirata Negro y "Cien Chirlos", estaban tendidos boca abajo, apoyada la barbilla en las manos aplastadas contra la arena.

Los más cercanos a ellos distaban lo suficiente para que no fuera oído el Pirata Negro, que mirando al mar, comentó:

—Ahí están. Cuatro hermosas naves.

Guardó silencio cuando vio que un genízaro, reconocible por su alfanje, el escudo, la lanza y el vistoso ropaje, acercábase mirando a diestro y siniestro.

Sus babuchas, rematadas en punta, que tenían incrustados trocitos de nácar, rozaron los rostros de "Cien Chirlos" y Caries Lezama.

Siguió andando... Cuando estuvo lo suficiente lejos, el Pirata Negro entre dientes, pero muy claramente para los oídos de su lugarteniente, hizo otro comentario:

—Un par de ellos que por la noche nos pongan los pies tan al alcance, y apuesta triple contra sencillo, guapetón, a que esta noche habrá dos nuevos genízaros en Knossos.

"Cien Chirlos" limitóse a fruncir los labios en especial sonrisa, y a asentir cabeceando.

—Podré soportar con paciencia hasta la noche, que aquí tendido no se está mal. Son naves bien artilladas. Veinte bocas por borda. Cuatro palos y doblo espolón. Fíjate en cómo están situadas. En rombo... ¿Te das cuenta de una cosa, guapetón? Dos genízaros que soltaran andanadas desde la nave que más próxima está, tomando por blancos las otras tres naves, harían un buen destrozo, ¿no crees?

Asintió vigorosamente "Cien Chirlos"'.

—Suponiendo que nosotros fuéramos esos dos genízaros, hay un inconveniente, buen mozo. Para hundir uno de esos cascos, aun contando con el factor sorpresa, necesitaríamos largar cinco cañonazos bien atinados. Mientras, los verdaderos genízaros de la nave desde la cual disparásemos, correrían a quitarnos de las manos

las espoletas. Pelea... y seguirían tres naves incólumes... Tate... ¿Tanto turco viene hoy a comprar pescado, o será costumbre de los de la guarnición pasear por estos contornos?

Siguió “Cien Chirlos” la dirección de la mirada, del Pirata Negro, y vio que a una treintena de metros de la ancha playa dos hileras de genízaros iban formándose, alargándose en compacta formación.

Llevaban la lanza asida a la inversa, con el regate de hierro apuntando hacia la arena y en alto y casi a toda largura la vara de madera.

—Será costumbre de la isla-murmuró el Pirata Negro mirando frente a él. —¡Tate! ¿También todos esos vienen por pescado? Reina la confraternidad comercial entre cretenses y dominadores.

Ahora vio “Cien Chirlos” que de las cuatro naves habíanse destacado lanchas que repletas de genízaros, iban acercándose al litoral, pero no con la proa dirigida hacia el rectángulo protegido por los espinos, como sería lo natural si hubieran sido fuerzas de relevo.

Dirigíanse hacia la playa ocupada por los pescadores, y desembarcaron formando una doble hilera en todo semejante a la ya formada a espaldas de la playa.

Y quedó construido un nuevo rectángulo, al unirse a doscientos metros más allá las dobles hileras, quedando otro de los lados formado por el cerco de espinosos ramajes.

Los recién llegados llevaban también la lanza a la inversa... Todos conservaban una rigidez impasible, impresionante, de estatuas bélicas y rostros mongólicos, de altos pómulos y oblicuos párpados.

El Pirata Negro, siempre tendido al igual que “Cien Chirlos”, acariciósе con el meñique el rostro hirsuto por los varios días sin trabar contactó con la navaja.

—Si en vez de peces hubiera oro en las cestas, comprendería la razón de este despliegue de fuerzas...

Redoblaron de pronto unos atabales, y sonaron agudos clarines... Todos los pescadores que empezaban ya a dar señales de inquietud, cuchicheando entre sí, quedaron expectantes, así como las mujeres, cuando de la doble hilera de genízaros, dando frente a la que cerraba el paso al mar, salieron tres tamborileros y tres portadores de largos instrumentos de cobre.

Tras ellos, iba un turco llevando en la diestra una plancha de madera a modo di bandeja, sin contenido.

Alzó el cuadrángulo de madera, y uno de los atabales repicó insistentemente.

Al cesar el redoble, el pregonero leyó en turco primero, y después, terminada la lectura de los caracteres grabados en la madera por uno de los escribanos del Osmán Deli Hussein, tradujo el mensaje al griego:

"Por el gran poder de la media luna que impera en estos mares, y para celebración de los esponsales de Erthogul, mi hijo, yo, Osmán Deli Hussein, delegado con mando del "padichá" Eskender Bey, ordeno leva de cuantos hombres del pueblo de Knossos se hallen al amanecer en la playa occidental."

"Ordeno sea cercenada la cabeza de quien pretenda huir. Ordeno sea cercenada la cabeza el que presente resistencia. Ordeno sea cercenada la cabeza de quien no cumpla y acate cuanto le ordenen los eunucos. Ordeno sea cercenada la cabeza de la mujer que a la lectura de mi leva, permanezca entre los hombres."

"Obedeced, perros infieles, por el gran poder de la media luna que impera en estos mares,"

La actitud de los oyentes fue en ellos de lasitud y abandono. Los que estaban en pie, quedaron arrodillados los más, y tendidos los otros.

Alguna que otra mujer gritó en sollozos, pero todas fueron abandonando el cerco de genízaros, que se apartaban para dejarlas paso. "El contacto de una perra infiel, mancha al otomano fiel"... Sólo una, asida a los hombros de un robusto pescador, forcejeaba con él que quería apartarla de sí.

Un genízaro avanzó corriendo y su alfanje salpicó de sangre la arena, donde rodó la cabeza femenina.

El pescador, que aun tenía sobre sus hombros las manos de la decapitada tan rápidamente, se abalanzó hacia adelante, derribando el cadáver y dirigiendo sus manos hacia el cuello del turco que oficiaba de verdugo.

El alfanje relampagueó de nuevo, y la cabeza del pescador rodo, y por tétrica coincidencia, fue a chocar contra la cabeza femenina,..

Retrocedió el genízaro, ocupando otra vez su puesto entre la doble hilera...

Cuantos hombres quedaban tenían posturas de reses acorraladas...

—Tate... Hasta ahora nada me he enterado de lo que leyó el ventrudo turco. Esas dos cabezas que han caído demuestran que los alfanjes maniobran con celeridad....

De pronto irrumpieron corriendo numerosos sujetos de extraño aspecto. Desnudo el grasiento torso, rapada por completo la cabeza, donde sólo había una coleta que en mechón lacio les bailoteaba en la nuca, iban cubiertos, desde el talle a los pies desnudos, por anchos pantalones, y los más de ellos eran adiposos.

Llevaban en la diestra un largo látigo que hacían restallar contra la arena...

No habían irrumpido desordenadamente como al principio parecióle al Pirata Negro. Reuníanse por grupos que en la zurda asían los eslabones de largas cadenas que eran la que les formaba en serpenteante hilera...

—Tate... Mal empieza el día, guapetón... En pie, muchacho... Nada de pelea, porque sería sucumbir inútilmente. Veremos a qué vienen esos látigos y esas cadenas...

Los pescadores fueron agrupándose... Los primeros que se hallaron frente a los eunucos recibieron sendos latigazos, hasta que dócilmente fueron colocándose uno tras otro, pecho contra espalda...

Aceleradamente, los eunucos iban asiendo las muñecas zurdas de los sumisos pescadores, introduciéndolas en la argolla que cerraban alrededor de la piel.

Quedaron prontamente formados cuatro cordones de prisioneros, reunidos entre sí por sus muñecas izquierdas y distanciados por medio metro cara contra espalda.

El Pirata Negro quedó el último de una de las cadenas, y ante él, las anchas espaldas de “Cien Chirlos” se estremecían de furor.

Chasqueó el Pirata Negro la lengua contra el paladar, como el arriero que aquieta a un caballo poco propicio a mansedumbre.

Restallaron contra el suelo los látigos de los eunucos diseminados a lo largo de las cadenas. Púsose en marcha la cuádruple hilera de prisioneros, llevando al frente el medio centenar de genízaros, e igual número a retaguardia...

Un absoluto silencio reinaba entre todos los pescadores

cretenses…

Capítulo VI

Tres conmociones…

Tenía un encanto pueril y arrobador la canción poco coherente que las dos voces femeninas entonaban alternativamente…

—…y por todas las rocas andan los enanos, los gigantes y los hechiceros, hablándose en días de niebla con voces tan roncas y ruidosas como las del Océano.

—Bajo las aguas, en los abismos sin fondo, viven seres que nos deparan males y bienes. Las sirenas se deslizan blandamente y cantan maravillas que atraen a los hombres que bogan por la superficie, y que ya nunca regresan a sus hogares.

—El pólipo krakero, cuando se enfurece, rodea los cascos de navegantes y sus tentáculos astillan las maderas haciendo zozobrar la nave. Cuando las nieblas no permiten ver a lo lejos la superficie del mar, el ojo experimentado del navegante descubre los cuernos del monstruoso leviatán, y aterrorizado fuerza remos y velas, temeroso de que el violento remolino de las aguas, que ocasiona la rápida sumersión del monstruo en el fondo del mar, no ponga su débil esquife a merced de sus numerosos brazos.

—También la serpiente emerge de las profundidades del mar, y eleva hacia los cielos su enorme cabellera semejante a la de un caballo de guerra, y lanzándose a la altura de los grandes masteleros, acecha con ojo amenazador el momento más propicio para devorar a sus víctimas. Tales son los peligros del mar. Por eso vivid, vivid siempre en tierra.

Cesó de cantar Terka y añadió en voz natural:

—Nos enseñó esas canciones el venerable. Dijo que no creyéramos en ellas, porque eran supersticiones de marinos.

Y nos aconsejó que nunca nos enamoráramos de hombre de mar,

porque quien entrega su corazón a hombre que navega, padecerá sufrimientos.

Diego Lucientes, desde hacía cuatro días, vivía idílicamente. Desde que partió Hermes Agropoulos, pasaba continuamente el día entero acompañando a las dos pastoras por los umbrosos parajes de los bosques de la colina.

“Piernas Largas” permanecía al acecho junto a la cabaña de maderos, y al regreso de ellas dos y del madrileño, conservaba un silencio digno, como reprochador.

Por el instante, Diego Lucientes, tendido boca arriba entre las dos hermanas, mordisqueaba complacido un tallo de hierba olorosa que la propia Terka había cortado para él.

Escuchó las canciones que atendiendo su petición cantaron en español las dos griegas, y las contempló alternativamente. Sentadas sobre el césped, donde triscaban los corderos, ambas ofrecían un cuadro delicioso.

Pero los ojos del madrileño persistían en posarse en Terka, la de las rientes pupilas, y gestos de corza...

—El vaho rústico de estos días perdurará hasta mi último aliento. Las dos, sin saberlo, disteis con la filosofía de la vida. “Aurea mediocritas”, que dijo el latino pedante. “Vivid escondidos y seréis felices”, que la gente ignorada es 'como los pueblos sin historia: tienen sosiego y bienaventuranza. Pero os falta algo muy esencial. ¿No adivinas, Myria? Te pregunto a ti, porque eres más juiciosa en tus palabras.

—Nada nos falta. Tenemos techo, aire, flores, yantar y lecho

—Sólo de pan no vive la mujer, ni de vino el hombre. Os hablo como hermano. ¿Sabéis lo que os falta?

—¡Amor! —lanzó impetuosa Terka.

—Nos queremos-dijo Myria sonriendo a su hermana.

Diego Lucientes levantó el busto, acodándose sentado.

—Diferenciemos afecto y amor, Myria. Tu hermana, cuyo nombre le encaja al dedillo, porque es terca que significa que mantiene lo que dice, contra viento y marea, habló del amor. ¿Sabes lo que es amor, Myria?

—Tú eres sabio y recorriste mundo. Explícanos qué es amor.

—Dos y dos son cuatro, Myria. Coge dos de tus corderos y si no les añades dos lobos, tendrás cuatro corderos. En el amor, no caben

esas seguridades. Un corazón y otro corazón… Se juntan inesperadamente, y es amor.

—¿Cómo se percibe? —inquirió Terka.

—Todo se olvida-y el madrileño, fijos los ojos en el semblante de Terka, fue diciendo: —De día sólo se alienta ante ella. De noche solo se piensa en ella. Cuanto hace y dice está bien… En fin, que el hombre cuyo corazón late de amor… pues, tiene mucho parecido con uno de vuestros corderos. Y bala muy a gusto, creyendo rugir como el león.

—¿Tú sabes cuando el amor llama en tu corazón?

—Oh, sí, hermosa Terka. Déjame que cambie tu nombre. Creo siempre que te dedico un epíteto poco galante. Te llamaré Rocío.

—¿Qué es rocío?

—Un frescor virginal que todas las mañanas acaricia las resecas plantas. Eso eres tú, Rocío. Refrescas mi mustio corazón que por mucho latir, nunca latió como ahora, con natural pureza.

—¿Amas a Terka? —preguntó Myria sonriente, con melancólicos ojos.

Diego Lucientes rascóse la sien poco elegantemente.

—Repámpanos, que en aprieto me pone muchas veces vuestro candor, pastoras de mi alma. Si digo que no, miento; si digo que sí propalo lo que quiero conservar secreto

Levantóse Myria, y aplicó sus dos manos encima de los cabellos rojos del madrileño.

—Un hombre dé mar hace infeliz a su esposa, dice la canción —recitó gravemente.

Diego Lucientes pestañeó.

—Bueno… Depende… El hombre de mar puede anclar en tierra y su esposa ya no tiene por qué llorar angustias de espera.

—Si es así, puedes casarte con Terka. Te doy mi permiso, como hermana mayor. Sed felices.

Alejóse la griega, antes de que el elocuente pelirrojo, hallara palabras. Miró a Terka, cuando ya la silueta de su hermana hubo desaparecido colina abajo.

Ella sonreía alegremente.

—¿Oíste, Diego?

—Oí.

—Seré tu esposa cuando quieras, porque yo te amo. Late mi

corazón cuando me hablas y ríe mi alma cuando me miras. Si te separases de mí, las nieblas volverían a oscurecer mi horizonte.

—¡Diablos, diablos, diablos! —musito Lucientes.

—¿Por qué invocas a los genios del mal?

—Escucha, Rocío gentil. Yo tengo una misión que cumplir...

—Cúmplela. Lo lograrás, porque la naturaleza ayuda al que lucha contra el mal. Después, vuelve que aquí te esperaré.

—¿No has pensado que puedo tener ya esposa?

—Si la tuvieras, no me habrías hablado de tu amor.

—Atiende a mis razones, pastorcita. Has crecido en ingenuo ambiente corderil. Yo malviví en ambiente de lobos.

—Cuando entre mis brazos duerme uno de mis corderos, el mismo lobo pasa de largo.

—Porque no tendrá hambre y vendrá de la posada... Perdona, niña... Fu4 un eructo de pícaro... Comprendo que hablas convencida de tu razón. Yo puedo amarte, pero aun contra mi voluntad, puedes ser infeliz conmigo.

—No, porque si me amas, sólo procurarás mi bien.

—Diantres... Es que hay caracteres.

—Hay sólo corazones, dice el venerable. Y el mío es tuyo.

—Por esposa te envidiarían todos, pero... tres tuve ya y mal murieron. Hay signo fatal en la que me quiere y quiero.

—La naturaleza quiso que ellas murieran, sin culpa tuya.

—Eres bella y no hay razones contra la sinrazón del amor, Rocío. Como si hallara niña recién salida de convento, en estatua de mujer. Perfumarás mi existencia...

—Soy tu esposa, Diego.

Sonrió con cierta tristeza el madrileño.

—Eres mi esposa, Rocío. ¿Y cuál es el primer deber de teda esposa? ¿Te lo explicó el venerable?

—Dijo que obedecer en todo al marido elegido por mutuo amor.

—Gran sabio el venerable. Entonces, empieza tu labor. Déjame a solas, que tengo que pensar.

Levantóse ella y reuniendo al resto del rebaño, alejóse colina abajo. Diego Lucientes siguió sentado. Monologó:

—Poco cuesta decirle que la acepto por esposa. No vine a casorios, sino a hundir barcos, hundiéndome con ellos. Perdonada me sea esta última mentira, pero ¡repámpanos!., tiene la pastora

demasiado candor para hablar vulgarmente.

Levantóse, dispuesto a correr al oír acercarse recias piadas. Distendió los músculos al percibir quien era el que acudía.

—Hola, Curro.

—Creo que te vas a enfadar, señor Lucientes; —dijo a modo de saludo el andaluz.

—¿Por qué, contra quién y cuándo?

—Porque eres mi jefe, señor y te enojarás contra mí y ahora mismo.

—¿Me confundes con “Cien Chirlos” y buscas pelea para desentumecer tus miembros en reposo?

—Sé respetar, señor Lucientes y solo pelearía contigo si tal me ordenare el capitán del “Aquilón”. Su orden fue que te obedeciera, y tal hago. Pero pido permiso para hablarte sin tapujos.

—¡Duro y a ello, señor Montoya! —invitó sonriente el madrileño.

—¿Dónde está mi oso?

La extraña pregunta causó hilaridad en Diego Lucientes, que rió a mandíbula batiente.

—No es cosa de risa, señor Lucientes —protestó ceñudo el andaluz—. Han pasado cuatro días y aquí seguimos.

—¿Te quejas? Leche a todo pasto, un licorcillo que sabe a aguardiente, buen pan, fresca manteca, mullidas pieles...

—No fue a eso a lo que vinimos, señor Lucientes.

—Bien sabes que los festejos no empiezan hasta mañana por la noche, que es cuando hacia el puerto iremos.

—Me prometieron un oso y no le he visto el hocico. Me temo, señor Lucientes, que hemos caído en trampa. El viejo ese que se refocilaba cuando le llamabas venerable, habrá ido a avisar a los tipejos eses otomanos, y nos cazarán como a... a, corderillos.

Agitó Lucientes el índice, guiñando picarescamente.

—Nunca será tuyo el reino de los ciclos, señor Montoya, porque eres desconfiado. ¿No ves que respiran-honradez por los cuatro costados tanto el viejo como las dos pastoras?

—Señor... Ahora viene cuando brincarás...

—Venga, pues, y haré cabriolas si tal es tu deseo.

—Tú ves... menos que yo, señor Lucientes. Yo no pienso más que en los barcos.

—También yo.

—Una de las pastoras suspira siempre que la hablas, señor Lucientes.

—Señal de que su respiración es libre.

El tono del madrileño iba endureciéndose. También fue aumentando la sequedad de las palabras del andaluz.

—Vas a la colina con ellas, las haces reír y a la línea de un casco de nave, sustituyes en tus ojos las dulces curvas de una de las pastoras, y van pasando los días.

—Prefiero en la espera estar con ellas, que estar contigo.

—Dijo nuestro jefe una vez, señor Lucientes, que en ti, los ojos de una mujer que acabaras de conocer obraban como mosto fuerte.

—Soy buen bebedor.

—Nuestro jefe te recomendó que no pensaras en mujeres, señor Lucientes.

—¿Eres tú, acaso, comadre que vela por las palomas contra el cavilan? Ni ellas necesitan tu defensa ni yo hincaré pico alguno.

—Ellas por mí pueden despeñarse o ahorcarse... Te parecen palomas, señor Lucientes. ¿Sabes acaso si no son concubinas de esos tipejos de turcos? ¿Sabes, acaso, si no son esposas del vejestorio? ¿Sabes acaso si no están dándote arrobo para adormecerte?

—Me pica la diestra, “Piernas Largas” Olfateo tierra revuelta bajo nuestros tacones.

—Pega cuanto quieras si la verdad te escuece, señor Lucientes. Lo cierto es que pasan los días y mi oso no aparece.

Diego Lucientes, torvo el semblante y sintiendo hervir su sangre, se disponía ya, a acometer, cuando la última frase del andaluz le hizo reaccionar. Rió, abriendo y cerrando los dedos de la mano derecha, última reacción colérica.

—Perdona, Curro Montoya.

—¿Por qué he de perdonarte, señor Lucientes?

—Hubiese sido un verdadero cobarde, ti te hubiese abofeteado. Cumples a tu modo las órdenes del hidalgo Lezama. Y yo reconozco que me hinchan las narices los consejos prudentes. ¿Hacemos un pacto, Curro Montoya, y sin rencores?

—Yo no te los tengo, señor Lucientes.

—Tampoco yo. Mañana por la noche iremos al, puerto, y tú tendrás el oso y la pandereta, al igual que yo mi torso cubierto de

grasa de ganso. Si mañana a la medianoche... —y Lucientes rió brevemente...— tu oso no ha aparecido, nos marcharemos al puerto. ¿Vale el pacto?

—¡Vale, señor Lucientes!

—Sellado-y el madrileño estrechó la diestra de "Piernas Largas". Después, guiñó alegremente.

—¿Puedo solicitar de ti un favor, Curro Montoya?J

—Tú me ordenas.

—Es favor de amigo. Verás. El caso es que la pastora más linda...

—¿La de los ojos gachones?

. —Repámpanos... Seamos románticos, ¡cacho de bestia!... Como te decía, la linda pastorcita me ha enamorado...

—Me lo temía...

—No te asustes fan anticipadamente.

Y lamento pregonar algo que la galantería debería vedarme, pero contigo no voy a gastar cumplidos. Ella me ha dado su corazón.

—Ya me di cuenta de que la mocita estaba por tus huesos, señor Lu...

—¡Mal rayo te derrita, prosaico y destructor de idealidades! Haz el favor de no comentar a tu modo este idilio campestre. Quiere ser mi esposa. Yo no me he negado. ¿Sabes por qué? Porque presumo que no he de volver de ésta. Me pertenece morir, Curro Montoya. Yo os embarqué a los tres mejores del "Aquilón" en empresa suicida...

—Tú no, señor Lucientes. Yo te apreció mucho, pero si hubiese sido por ti, yo no estaría aquí. Ha sido... ¡por que nuestro jefe así lo ha mandado!

—Bueno, llámalo como prefieras. El caso es que de justicia me toca a mí hundir dos barcos. Saltaré con la Santabárbara del segundo, que del primero ya sabré escurrirme después de incendiarlo. No así del segundo, porque ya estarán prevenidos sus tripulantes... Y por esto, como sé que por fin habrá un granuja menos sobre la tierra, cuya muerte habrá sido provechosa, he podido prometerle a Rocío que volveré y la haré mi espesa.

—¿No se llamaba Terka?

—Me apena declararte, Curro Montoya, que entiendes mucho de guitarras y peleas. No dudo, que tu oso se convertirá en un manso

bailarín cuando le eches la zarpa encima. Pero... ¡de amor, de poesía y ideal estás en ayunas!

—No me escuece, señor Lucientes. Amor sólo le tengo al “Aquilón”. Poesías las canto sin que me queden en el meollo y eso de ideales no tengo, porque es enfermedad, de gente leída

—Te has ganado un oso blanco y con lazos-epilogó Lucientes, riendo —. ¿Vamos a atizarnos unos sorbos del licor de hierbas?

—No hay reparo, señor Lucientes, Vamos a ello.

* * *

Myria, al entrar su hermana, le tendió un jarro de leche recién ordeñada.

—Gracias, madrecita. Soy feliz-dijo Terka, brillantes los ojos que irradiaban alegría —. Me ha pedido que sea su esposa.

—Te llevará consigo a sus tierras, chispa de luz.

—Tú vendrás con nosotros.

—No. Cuidaré de la choza y del rebaño. Pero ¿has pensado que los odiados turcos pueden matarte al hombre que amas?

—No. podrán., ¡No!... El venerable dijo que la naturaleza está de parte del que tiene buena fe. Y el venerable, al despedirse, besó en las mejillas al hombre que amo.

—Tienes razón, chispa de luz.

Salió Myria al exterior y cuando llegaron los dos españoles, pidió:

—¿Puedo hablar contigo, esposo de mi hermana?

—¿Cómo no, hermana de mi esposa? —replicó sonriente Lucientes, mientras “Piernas Largas”, encogiéndose de hombros, entraba en la choza.

—Apartémonos. Nunca escuchó Terka cuando yo hablaba con el venerable, pero si ahora escuchase podría salir dañada. Hay palabras que hieren...

—Nada de cuanto pueda decir lleva intención de herir a tu hermana, Myria. Ella te llama madrecita y ambas sois buenas. Por buenas, no puedo desear ningún mal para vosotras.

—Si no regresas... ¿qué será de ella, mi chispa de luz?

—Hallará consuelo en tus caricias, Myria.

—Entonces... ¡sabes que vas a morir!

—Tanto como eso, no. Pero escucha: Mi compañero se hará cargo de uno de los barcos... Por cierto, está gimiendo por besar en

el hocico al oso... Se desespera lejos de su oso... ¿Dónde está su lindo oso?

—Fui a advertir al venerable Bike... Ella misma lo traerá, así como la pandereta al caer la tarde. Tu compañero procurará entrar en el barco que designes. ¿Y tú?

—Asestándome puñaladas, subiré a bordo de otra de las naves. Me habéis asegurado que con motivo de los festejos, zíngaros, bailarinas y derviches hallarán franco paso a cubiertas.

—Así será.

—Pues bien, una vez 3 bordo, husmearé dónde se halla la Santabárbara. No me hará falta preguntar. Conozco la estructura de los barcos. Pero no puedo morir en el barco donde entre primero. Porque tengo que acudir al segundo... Comprende que por poco que pueda, intentaré salvar la piel. Pero ya advertidos por la primera explosión, o quizá viéndome a mí... En fin, que en el segundo no fallaré... pero ten por seguro que tu hermanita continuará soltera.

—¿Soltera?

—Por mi muerte, no podré casarme con ella. Pero no se lo digas. Podría apenarla. Después... tú sabrás ser para ella madrecita.

Myria alejóse, y cuando Lucientes fue a beber en compañía del andaluz, llamó Myria a su hermana.

Anduvo con ella unos instantes en silencio, enlazándola por el talle.

—Si él muriese, ¿sufrirías mucho, no es cierto, chispa de luz?

—Si él muere... moriré...

—El otro que te amaba...

—Yo no le amé, madrecita.

—Es cierto. Mañana noche, yo serviré de guía a los dos audaces que van a luchar contra los odiados turcos. No temas y quédate aquí. Solos, podrían extraviarse. Yo sé andar por la colina y en la penumbra nadie me verá. Enciende rama de mirto en el icono y reza por ellos y por mí.

—¿Por ti, madrecita?

Abrazó Myria a su hermana menor. Y sonriente, pero empeñados en melancólico estoicismo los hermosos ojos, mintió:

—Reza por mí, para que no sienta celos de tu amor, pues ya tu corazón no es mío.

—¡Oh, no, madrecita! Tengo dos corazones-dijo Terka,

alegremente —. Uno para ti, eternamente. Y otro para mi esposo, eternamente.

* * *

“Piernas Largas” estaba enajenado de satisfacción después de pasarse cuatro horas en compañía del oso pardo y corpulento que al caer la tarde había llevado una vieja sibilina, con perfil de bruja.

Brutal, pero sin saberlo acariciante para el oso, pegó varias palmadas en la recia testa del animal, que sentado sobre sus cuartos traseros, reposaba ahora de la sesión de baile.

—Va bien, compadre. Me recuerdas a “Cien Chirlos”... Te he cogido cariño, tío peludo. A ver si mañana por la noche te portas como las mismísimas trianeras. “¡Arza y olé!” —y redobló con el codo en la pandereta.

El oso, cansinamente, alzóse y ladeó la cintura, levantando primero una pata y después la otra.

“Piernas Largas” arrugó la nariz caballuna.

—¡“Qué malaje"! Pero vaya, el caso es que bailas y subes que yo soy el amo ¿te has enterado?

Aproximó sus ojillos hasta colocarlos a la altura de los pardos del corpulento oso. Nariz contra hocico, musitó amenazador:

—Haremos buenas migas, si te zarandeas al compás de mi parche. Total, esos tipejos no tienen ni idea de lo que es bailarse por lo “jondo”, pero quedas avisado, compadre. Mañana noche nada de perezas, porque si te haces el remolón, te quito el bozal y del bocado que te pego en la nuez, se acabaron los osos y nacerá una alfombrilla. ¿Enterado?

El oso, cansinamente, iba sacudiendo la cabeza de —arriba abajo. Satisfecho, “Piernas Largas” escupió por el colmillo, y con las dos manos, una en el estómago y la otra en los riñones, se alzó el cinto de los pantalones.

—¡Digo, ni “na”, ni “na”! Hasta los osos de la “Otomanía” se enteran cuando íes habla un español barbián y sandunguero...

* * *

A la noche siguiente, Diego Lucientes ostentaba un torso desnudo con dos brazos musculosos y de carne, tal era la eficacia de la mezcla recetada por Hermes Argopoulos para cubrir su brazo de hierro.

En un cinto de pieles se insertaban varios cuchillos de monte. Calzaba abarcas de cuero y a guisa de pantalones, una larga piel cosida.

“Piernas Largas”, asiendo, al oso por una corta correa que rodeaba el poderoso cuello, se impacientó sin demostrarlo al ver el prolongado silencio con que el madrileño contemplaba en el umbral de la choza a Terka, que sonriente, repetía incansablemente:

—El día que amanecerá es el de nuestra boda...

Myria, recogidos los largos cabellos en lazo tras la espalda, parecía una estatua arrancada de un friso del Partenón. La larga túnica tenía alburas en la noche.

Por fin, Diego Lucientes, esforzándose, sonrió:

—Hasta el amanecer, Rocío.

Echó a andar tras Myria y a retaguardia “Piernas Largas”, junto al oso, ostentaba un rostro complacido. Se encaminaban a cumplir una misión en la que no podían fracasar.

—No era necesario que nos sirvieras de guía, Myria-habló Lucientes, tras unos instantes —. Desde aquí, ya divisamos perfectamente el puerto.

—No corro ningún peligro. Hoy todos celebran la fiesta de los esponsales de Erthogul, el hijo de Deli Hussein, con la Princesa Azul.

—Habrá ebrios... En fin, son cosas que no comprenderías. Regresa ya.

—No lo haré aún. No nos despidamos. Trae mal agüero decirse adiós. Digamos tan sólo que triunfe la buena fe...

“Lo has acertado-pensó “Piernas Largas” —. “¿Buena Fe? Pues sí que nos iba a servir para algo, allá en el puerto”.

Cesó de monologar mentalmente porque oyó la voz de Lucientes:

—Para no discutirlo donde puedan oírnos, quede ya elegido tu barco y el mío. ¿Ante cuál piensas hacer el oso?

—Tú mandas, señor Lucientes.

—El primero de los barcos según vamos andando, es el que te recibirá si te dejan entrar.

—Con oso o a nado, yo entraré, señor Lucientes.

—Logrado tu propósito, vuelve a la cabaña.

—Quedará un tercero.

—Será mío. No rechistes, porque es orden. Y habla por mi boca

la voz del hidalgo Lezama. Conseguido lo que te propones, vuelve a la cabaña. Aguárdame hasta el amanecer, Si no regreso, en el “Albergho Graziella” de Venecia reunión con ellos. ¡Suerte, señor Montoya!

—Siempre la he tenido, señor. Lucientes. Tú la tengas., pero permíteme hablar. Si mañana al amanecer has regresado y quedan hundidos dos barcos, además del que yo pise, cantaré copla que hará resucitar al oso convirtiéndolo en peonza alada. Pero si al amanecer no has regresado y sólo has hundido un barco... ¡yo iré por el tercero a la noche siguiente!

—Prohibido te queda. Escupe al suelo, extiende la diestra y repite lo que voy a decirle: “Cumplo orden del capitán Lezama, que sólo un barco me designó, por pertenecer los otros dos a Diego Lucientes”.

A regañadientes repitió “Piernas Largas”. Instantes después, visibles ya las primeras casas del poblado, Myria se detuvo.

Separáronse Lucientes y “Piernas Largas”, tras estrecharse la diestra.

* * *

Era una larga dársena iluminada por muchas antorchas. Iban y venían lanchas llevando genízaros —...

Desembarcaron varios de ellos, haciendo coro alrededor de un sujeto mal encarado, de largas piernas, que repicando una pandereta, hacía bailar un oso.

Uno de los genízaros alargó.el brazo, y propinó un brutal puñetazo en la frente de “Piernas Largas”.

El retroceso del pirata hizo prorrumpir en risotadas a los otros testigos. Iba a arremeter el chiclanero, cuando recordó su única meta.

Forzó una.ancha sonrisa, mostrando humildemente los sucios dientes.

—¡Danos tu oso, zíngaro¡ —ordenó uno de los genízaros.

—Déjalo... —intervino otro. Y al parecer apaciguatorio, alzó su lanza y con él regate de hierro, asestó lanzazo en el pecho de “Piernas Largas”.

Esquivó el andaluz la acometida, pero no pudo evitar otro lanzazo que le hendió un hombro... La bestialidad del golpe, le hizo tambalearse. Otro lanzazo le hizo caer de rodillas...

—¡Basta! —ordenó otro de los genízaros—. Ver bailar osos no es nuevo. Pero ¿qué decís de llevarlo a bordo y que lo devore su propio oso? Será bello.

“Piernas Largas”, que se hallaba sin sentido, fue arrojado al fondo de la larga embarcación. Tres genízaros se apoderaron de la correa que sujetaba el cuello y de la que rodeaba el morro del animal y lo arrastraron a la lancha.

Se dirigieron hacia la primera nave de Orján-Eddin…

* * *

Diego Lucientes, agitando una antorcha en cada mano, describía con ella, círculos alrededor de sus brazos extendidos.

Guando logró reunir un nutrido coro a su alrededor, quitóse uno de los cuchillos del cinto de pieles, después de depositar en el suelo las antorchas.

Alzado el mentón y murmurando palabras incoherentes, sin sentido, alzó el puñal con la diestra y su zurda señaló su propio corazón.

Un grito de admiración fue lanzado por un pastor, cuando el puñal se quebró contra la presunta carne. El propio pastor, admirado, palpó y rápidamente se santiguó…

En pie y extático el semblante, sacóse Lucientes otro cuchillo, que siguió la misma suerte que el otro.

Un genízaro tiró su gumia a los pies del pelirrojo. Habló en griego, ordenando que se clavase aquello en el corazón.

No comprendió Lucientes las palabras, pero sí la orden.

Cuando el extremo de la gumía se quebró contra su pecho, devolvió el resto del arma a su dueño, que señaló el barco que se hallaba a escasa distancié.

—Ven a bordo, derviche. Tu poder mágico puede ser útil al grande y magnífico señor de la nave.

Diego Lucientes, gravemente, asintió en silencio y cruzando — los brazos anta el pecho, en solemne ademán, empezó a andar tras el genízaro.

* * *

Myria sentóse en el suelo de madera que sobre columnas avanzaban en el mar, frente al tercer barco otomano.

Sus desnudos pies en las sandalias, bañábanse en el agua

calmosa. Un viejo griego aproximóse cautelosamente:

—¿Qué haces aquí, desconocida, sin velo que cubra tu faz y en noche como ésta?

—Quiero ir a aquel barco, venerable. ¿Cómo puedo conseguirlo?

Interpretando erróneamente la ingenuidad de la pastora, el viejo acaricióse la barba y emitió un cloqueo que quería ser risa:

—No vayas allí, hermosa.

—Tengo que ir.

—Lo» otomanos son fanáticos y sanguinarios. Matan a las que se llevan a bordo, una vez las han poseído. Ven conmigo a mi palacio. Te daré joyas, pieles suaves de Persia y muchos dracmas... Muchos dracmas... Cientos, cientos... —a medida que hablaba, iba enronqueciendo la voz del que ya inclinábase rara enlazar el talle de la bella y virginal pastora.

Apartóse al ser empujado bruscamente por dos genízaros, que miraron a la que ahora alzó el rostro:

—Quiero ir a bordo de aquel barco, hijos de la media luna.

—Es, una perra infiel-dijo uno de los genízaros —. Su rostro tiene hechizo de diosa

—Su cuerpo es de sirena... ¡Y quiere ir a bordo!

—Llevémosla.

—Yo la vi primero.

—Ella escogerá...

Levantóse Myria, pero retrocedió al ver la rápida escena sangrienta que ante sus ojos se desarrolló. Uno de los genízaros, cuando el otro se disponía a coger por el brazo a la griega, hundió en la espalda de su compañero la hoja de su gumía.

Hizo avanzar el brazo mientras caía muerto su rival. Pero un lanzazo derribó al asesino y vióse Myria frente a un individuo alto y de majestuoso porte, de corta barba negra y rizosa.

Llevaba ropas lujosas y dos medias lunas dé perlas en broche que cerraba su peto de rígida tela.

Era la insignia de su cargo: segundo en jefe de la nave de la cual eran tripulantes los dos que ahora yacían cadáveres.



...hundió en la espalda de su compañero...

En alto la sangrante lanza, habló en griego lentamente con pausada entonación:

—Arrodíllate, perra infiel, que vas a recibir muerte. Por tus encantos de mujerzuela, uno de mis hombres mató a otro. ¿Buscabas dracmas en bolsas otomanas?

—Soy Myria, la pastora del monte, hijo de la media luna. No sé por qué uno dio muerte al otro y tú se la diste al que en vida quedaba. Tampoco entiendo porque un venerable de mi raza me ofreció dracmas... Yo vine a presenciar los festejos. Nunca vine al puerto. Siempre viví en la colina.

—Tu perro de esposo es merecedor de muerte por dejarte sola.

—Soy virgen y nunca fui amada.

El otomano bajó su lanza, apoyando el remate de madera en el suelo y contempló cejijunto a la griega.

—¿Qué hermano de mi raza te ha visto hasta ahora?

—Ninguno. Porque me oculté siempre que vi aproximarse hijos de la media luna.

—¿Por qué viniste hoy, si sabes que todos mis hermanos están de fiesta?

—Quisiera subir a aquel barco. Los tres son hermosos, pero

aquél más que ninguno. Es mayor...

—A su bordo iba yo, perra infiel: ¿Vendrías conmigo si te lo pidiera?

—¿Por qué no?

—¿No dices que eres virgen?

—Lo soy y nunca hombre alguno me dio su amor.

—Ven.

Fue una orden apremiante, y el jefe turco, cogiendo una mano de la inocente griega, la arrastró hasta donde aguardaba una lancha empavesada. Penetró en ella, y sus ojos brillaban como los de un felino ante su presa, cuando recogiendo los vuelos de su túnica, sentóse Myria en un banco, frente al ocupado por el jefe otomano.

Remada por cuatro eunucos, la lancha se acercó al casco de la gran nave, cuyo nombre, grabado en letras de plata, significaba: “Orgullo de Orján”.

Ya en cubierta, el segundo en jefe quitóse su media capa, cubriendo con ella el rostro y el busto de la griega.

—Ven-repitió, conduciendo a la que, cegada, obedeció al mandato del brazo masculino.

Cuando le quitó la media capa, Myria quedó deslumbrada, no ya sólo por el resplandor de las perfumadas antorchas, que iluminaban el lujoso camarote, sino por la profusión de muebles y objetos nunca vistos.

—¿Por qué cubriste mi rostro, hijo de la media luna? —preguntó curiosa.

—Podía verte el dueño y señor de la nave. El propio Orján-Eddin, que Alá bendiga siempre. Y como eres demasiado hermosa, perra infiel, mi señor podría mancillarse, poseyéndote. Cortaré tu cabeza, cuando en esta noche se extinga el fuego que encendiste en mi sangre. Ven...

Instintivamente retrocedió Myria. Levantóse el turco transfigurado el rostro y temblorosas las manos...

Repentinamente asustada y presintiendo obscuramente, en estremecimientos de repulsión de su carne, las razones por las que el viejo griego le había ofrecido dracmas, dos hombres habían muerto y éste se aproximaba ahora a ella, ardientes los ojos, de pronto, Myria tuvo conciencia de la poderosa sugestión de su belleza.

Retrocedió y corriendo abandonó el camarote. Corrió aún más locamente al oír las imprecaciones del turco y sus pasos... En la semipenumbra de la cubierta, bajó ella unas escaleras...

Entró en un estrecho compartimiento, alumbrado por linternas. Dos turcos dormitaban entre sacos, mechas, proyectiles... Myria conocía la pólvora, porque antaño su padre la empleaba para cazar. Uno de los sacos abiertos le mostró el contenido...

En la puerta de la santabárbara, apareció el segundo en jefe.

—¡Por fin, perra infiel! ¿Creías poder huir y esconderte?

La linterna que en la diestra sostenía Myria fue a quebrar sus cristales encima de uno de los sacos.

Con un grito de terror, el segundo en jefe abalanzóse para intentar apagar la llama que el aceite iba propagando por la tela inflamable...

Myria, elástica y fuerte, saltó hacia adelante, abrazándose a turco que intentó apartarla... —

—¡Atrás, maldita! ¡Vamos a..,!

Los dos turcos que yacían soñolientos a consecuencia de un exceso de libaciones, quisieron levantarse...

Con recio esfuerzo, contuvo Myria al que, horrorizado, vio agigantarse la llama que crepitó siniestramente...

Un horrísono estallido produjo en el mar una conmoción espantosa. La nave capitana, "Orgullo de Orján", acababa de saltar en pedazos, sepultando, entre ellos, a la virgen griega que sacrificaba su vida por la felicidad de la que se había enamorado del español de los rojos cabellos...

Un féretro de espumas acogió en su seno revuelto por el hundimiento de la nave el cuerpo sin mancilla y la noble alma de Myria, la pastora estoica.

* * *

Diego Lucientes, pisando la cubierta del navío, al cual tan fácilmente había logrado arroto, hacía trabajar su cerebro con rapidez.

Miraba a su alrededor con ojos despreciativos., como hombre alejado de todo contacto terrenal.

Comprendía ahora, al ver que en el centro de la cubierta se formaba a su alrededor un círculo de genízaros atraídos por latí voces de su introductor, que lo misino que le había servido de

salvoconducto, iba a ser ahora el principal impedimento para poder librarse de la curiosidad de cuantos le rodeaban.

La santabárbara estaba a su izquierda, y bajo la luz de las linternas, se distinguía bien por sus abovedados contornos y su puerta de recios maderos.

Uno de los genízaros, alzando la antorcha, le tendió su gumía.

—Tú eres derviche. Veamos si es verdad que tu corazón es de roca, bajo tu piel.

Necesitaba tiempo para pensar, y por ello empezó Lucientes a hacer malabarismos con la gumía. La levantó paseándola por sus cabellos, escupió en la hoja, invocó con palabras que nada significaban y, por fin, en gesto teatral, la hundió en el espacio donde la coraza protegía su corazón.

El crujido de la hoja al romperse, hizo que los testigos prorrumpieran en letanías y jaculatorias, mezcladas con gritos guturales.

Pero nuevos genízaros acudían surgiendo de las calas. La cubierta se pobló de tripulantes, algunos de los cuales escucharon con interés las explicaciones de los otros.

Pensaba Lucientes, que el ignorar los dialectos que usaban, no le permitía explicar que para su nuevo experimento debía orientarse hacia el sur, que era donde estaba la puerta de la Santabárbara.

Intentó, sin embargo, ver el medio de aproximarse al lugar. Había decidido que hundiendo aquel barco y saltando entre sus pedazos, cumplía, si otra solución no quedaba.

Percibía por su cuerpo las manos de los turcos, palpando la grasa solidificada...

—Carne como la nuestra-murmuraban todos.

—Pero corazón de roca.

—Dadle una lanza y que se hiera el costado derecho-sugirió, otro.

—Un alfanje y que se cercene al cuello...

—Es derviche y posee poder de inmortalidad contra las armas de hierro.

Uno tendió su lanza, diciendo con prosopopeya:

—Húndela en tu vientre.

Diego Lucientes asió la lanza... Sabía que el ancho regate de hierro podía forzar su armadura encubierta por la grasa

solidificada.

Por tanto, llegaba el momento de hacer algo, antes que prolongando excesivamente los gestos majestuosos, fuera compelido a servir de vaina perecedera…

De pronto, una conmoción estruendosa agitó al aire… Derribados como peleles cayeron todos los hombres, rodando por cubierta…

Acababa de saltar la santabárbara del “Orgullo de Orján”..

Diego Lucientes incorporóse prestamente, blandiendo su lanza. Suponía que era “Piernas Largas” el que había logrado su meta…

Dispuesto a abrirse paso como fuera, se detuvo un instante, indeciso. La nave aún se bamboleaba, chirriando las cadenas de sus anclotes, a efectos de los remolinos de la bahía…

Todos los genízaros, atropelladamente, corrían a sus puestos de combate. Nadie se acordaba ya del falso derviche…

Oíanse órdenes breves y enérgicas. Los artilleros, apostados tras los cañones, encendían mechas…

Comprendió Lucientes que suponían que una repentina agresión veneciana acababa de hundir algún barco turco…

Corrió sin hallar obstáculos hacia la santabárbara, cuya puerta estaba abierta por el propio centinela, que escrutaba el horizonte.

La lanza empuñada por Lucientes penetró en el pecho del genízaro, que cayó al interior del polvorín, derribado por un puntapié del pelirrojo que, enardecido, vació en el suelo uno de los sacos de pólvora, formando un reguero hasta la puerta.

Asomó el rostro y vio que todos los genízaros, expectantes, aguardaban una orden para desencadenar batalla contra el enemigo que hasta entonces permanecía invisible

Retrocedió y cogió un rollo de mecha. Lo extendió encima del reguero de pólvora y asiendo el otro extremo, lo introdujo en el saco.

Cogió del cinto del centinela muerto la linterna sorda y abriendo los cristales, derramó el aceite hirviente sobre la pólvora derramada en el suelo.

Cuando oyó el primer crepitar y vio que la mecha prendía, desdándose sinuosa y produciendo la primera llama en las ropas del cadáver, salió corriendo.

Más que correr fue volar lo que hizo, dirigiéndose a grandes

zancadas hasta la borda, cabalgándola y zambulléndose desde lo alto...

Chocó con el agua y se sumergió nadando en vigorosas brazadas de su único brazo válido. Perneaba fuertemente, alejándose del casco donde una llamita azul iba acercándose al saco de pólvora...

No obstante la rapidez de su ejecución, sintió de pronto como si una gigantesca marea le lanzaba a enorme distancia, impulsándolo como una pelota.

Fue un torrente submarino, que marcó la segunda conmoción anunciando el hundimiento de la nave que por unos instantes tuvo por huésped a un falso derviche de rojos cabellos.

* * *

Grandes carcajadas acogieron el relato con que uno de los tripulantes explicaba a los otros cómo aquel moribundo iba a ser devorado por su propio oso, cuando recuperase el sentido.

Y el recitador, esgrimía su lanza, añadiendo que al azuzar con ella al oso y al serie quitada la correa que rodeaba su hocico, se vengaría del que le había maltratado hasta lograr que bailara.

"Piernas Largas", desangrándose por las anchas brechas de los lanzazos, recibió varios cubos de agua, que le echaron los propios genízaros, ávidos de verle recuperar los sentidos y presenciar la lucha entre la fiera sin traba y el zíngaro malherido.

Cuando, tambaleándose, arrodillóse "Piernas Largas", sacudiendo la cabeza, un coro de gritos salvajes hizo que se activara su despertar a la noción de lo ocurrido.

Vio como coincidiendo con los gritos, un genízaro acababa de quitar al oso, que permanecía sentado sobre sus cuartos traseros, girando la cabeza como humanamente intrigado, la correa que mantenía inermes las dos mandíbulas.

El oso bostezó ampliamente, creyendo que iban a darle alimento. Sus dientes, largos y puntiagudos, excitaron el contento de los genízaros.

No entendía el turco "Piernas Largas".,. Pero comprendió que las voces eran de azuzamiento... Pretendían que el animal le devorase...

Se puso en pie lentamente, y por un instante, hombre y oso, hicieron el mismo gesto. Miraron a su alrededor; el animal, con ojillos ansiosos de la pitanza que tanto tardaba, y el hombre, con mirada ávida de localizar la santabárbara.

Rieron los genízaros... Uno de ellos propinó un lanzazo en los cuartos traseros del pobre animal, que con un gruñido de dolor y rabia púsose repentinamente en pie, alzando las zarpas en arañazo al aire...

Un lanzazo sin fuerza pinchó en la espalda a “Piernas Largas”, empujándolo hacia la fiera de pardo pelaje...

El instinto de defensa, al sentirse maltratado, hizo que el oso domesticado volviera a ser la fiera acosada y hambrienta.

Prodigó dos nuevos zarpazos hacía la masa confusa que más cercana tenía. “Piernas Largas” se agachó... Iba a morir despedazado, o por nuevos lanzazos si pretendía huir...

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Lágrimas de furor porque iba a ser “perjuro”. Iba a incumplir la orden que “él” le había dado...

La conmoción que hundía al “Orgullo de Orján” detuvo al oso cuando se disponía a abrazar al hombre agachado ante él. Blandió las zarpas y cayó de espaldas...

“Piernas Largas” dio varias volteretas al perder el equilibrio...

Los genízaros imitaron la actitud de los que hasta aquel momento habían estado contemplando al falso derviche.

Corrieron a los puestos de combate, apostándose tras los cañones... Ordenes se entrecruzaron... Bengalas arrojadizas cayeron al mar desde la borda para tratar de vislumbrar los barcos enemigos...

“Piernas Largas” se incorporó sobre los codos y las rodillas. Perdía abundante sangre, y sentía vértigo en su cabeza...

Una masa confusa, torpe y bamboleante, andaba lentamente delante de él.

Era el oso, que, recuperado ya del estupor que la fuerte explosión había producido en su esmirriado cerebro, avanzaba tendiendo las zarpas...

Gritó agudamente el genízaro, que sintióse abrazado por zarpas peludas y mordido en el cuello por dientes feroces... Soltó la mecha artillera, con la que encendida ya, manteníase junto al cañón... Los otros servidores retrocedieron presurosos, dejando en la culata el proyectil que acababan de introducir...

“Piernas Largas”, sonriendo, sudoroso y lívido, apoyóse contra la culata. La sangre del genízaro devorado por el oso le bañó el rostro,

mientras, cogiendo la mecha, empujó la culata de la culebrina haciendo girar el cañón.

Aplicó la mecha, mientras en macabro abrazo oso y genízaro caían sobre él. El andaluz, que nunca falló un tiro, quedó con el rostro pegado a la culata, manteniendo inmóvil con sus dos brazos el largo cañón.

Sonó el estampido del cañonazo, derribando la puerta de la santabárbara, sin defensa para detener el disparo que se le asestaba desde ocho metros de distancia...

Una nube de pólvora aureoló al hombre que halló la muerte deseada, abrazado a un cañón, disparando su último tiro certero, y bañado en sangre...

El cañonazo volvió a colmar de estupor al oso, que soltó los restos de su festín. Varias lanzas partieron arrojadas contra la fiera y el pirata.

Sólo alguna llegó a su destino. Las otras volaron por los aires, al estallar la tercera santabárbara, con doble estridor, porque coincidió con la fragorosa y volcánica explosión de la nave abandonada dos minutos antes por Diego Lucientes.

* * *

Diego Lucientes salió a la superficie porque sus pulmones amenazaban estallar. Aspiró ávidamente aire, dispuesto a sumergirse de nuevo...

Pestañeó, asombrado... Donde había tres siluetas de naves en la penumbra, apenas disipada por sus linternas de popa y proa, había ahora la obscuridad más completa.

Dio vuelta sobre sí mismo, manteniéndose a flote... Distaba bastante del litoral... Pero donde tenía que haber forzosamente una nave indemne, no había más que remolinos al igual que media milla más allá..

—¿Habrá alcanzado la explosión al otro barco?.. —se preguntó, mientras nadaba con un sólo brazo hacia la playa, pero en dirección oblicua, alejándose de la costa habitada.

Puso pie a tierra, y fatigosamente al principio, más rápido después, ascendió por el sendero que conducía a la choza.

En el umbral, le acogió Terka, rientes los ojos. Como hombre que renace, Diego Lucientes la abrazó, aplicando su mejilla contra la satinada de la pastora.

—Tres barcos había, y ninguno queda.

—¿Tú los hundiste, esposo mío?

—¿Yo? Uno, y gracias, que mis apuros pasé, y si no llega a ser por la oportuna anticipación de mi compañero... Ya me explicará el grandísimo marrullero cómo logró apechugar con dos...

—¿No ha venido Myria contigo, esposo mío?

—¿Myria? Pero sí nos dejó hace dos horas... Entremos, que el fuego calentará mis miembros...

Aproximóse Lucientes a la chimenea, que aumentaba el grato calor de la rústica mansión establo... A su lado, Terka sonreía en éxtasis...

—Es extraño... —musitó Lucientes—. ¿Por qué no está contigo Myria?

—No sé... Debería ya estar conmigo.

Recordó Lucientes la conversación sostenida con la arrogante y melancólica griega; su empeño en seguirles hasta el poblado; y como un relámpago se vio cuando, fingiendo el derviche en el puerto, vio pasar a lo lejos una silueta que se le antojó la de Myria...

—¡Maldición! —exclamó, crispando el puño derecho, sintiendo súbita angustia.

Terka retrocedió, asustada ante la expresión que atirantaba los músculos y el rostro del hombre que siempre había visto sonriente y alegre.

—Dime, Rocío... Aprisa.., ¿Qué te dijo tu hermana al despedirse de ti?

—Me dijo... me dijo que encendiera ramas de mirto en el icono, y que rezase por ti, por tu compañero... y por ella... Yo me extrañé de que...

Pero ya hablaba sin oyente. Con una imprecación, Diego Lucientes, el hombre que siempre se reía, el hombre que para todo tenía una chanza, acababa de abandonar la rústica habitación.

Corría por entre los brezales, insensible a los arañazos de las fibras vegetales... Elevado el puño cerrado, gritaba:

—¡Myria!... ¡Myria!...

Cayó de rodillas, lanzando una carcajada dolorosa, que crispó su rostro, y pegóse contra el pecho un puñetazo bestial.

Entrecerró los párpados y un ronco estertor brotó de su garganta, mientras murmuraba:

—¿Por qué, Señor, por qué?..

Era un grito de rebeldía contra su destino de acarrear la infelicidad de las mujeres a quienes amaba.

Comprendía el sublime sacrificio de Myria, y la razón de su pregunta al desear inquirir cómo pensaba él sólo salir con vida de un doble ataque.

—Murió por evitar un dolor de amor a la que, por mi culpa, pierde el verdadero amor de afecto...

Y, elevando el rostro, murmuró, como en oración:

—Reza tú por mí, Myria, la hermosa pastora de melancólicos ojos. Que si tú por amor de hermana, sucumbiste en mi lugar, pronto he de seguirte, que hombre no sería si aceptase tu sacrificio.

Púsose en pie, y, tambaleándose ante la repentina decisión que acababa de tomar, dirigióse hacia el borde del abismo que se abría bajo el alto acanillado.

La brisa, susurrando entre las ramas, parecía murmurar un reproche hacia el que, cegado por una sincera congoja, iba a dar el paso en el vacío que le hundiera en la muerte del olvido...



PROXIMO EPISODIO

¿Vencerá el poder hipnótico de Yogg, el hindú, á la fortaleza cerebral del Pirata Negro?

¿Sucumbirá Diego Lucientes a la muerte que le acecha, obsesionado por el maleficio que cree atraer sobre las mujeres que le aman?..

¿Conseguirá “Cien Chirlos” romper sus cadenas?..

El próximo episodio resuelve una de las más espeluznantes aventuras del Pirata Negro.